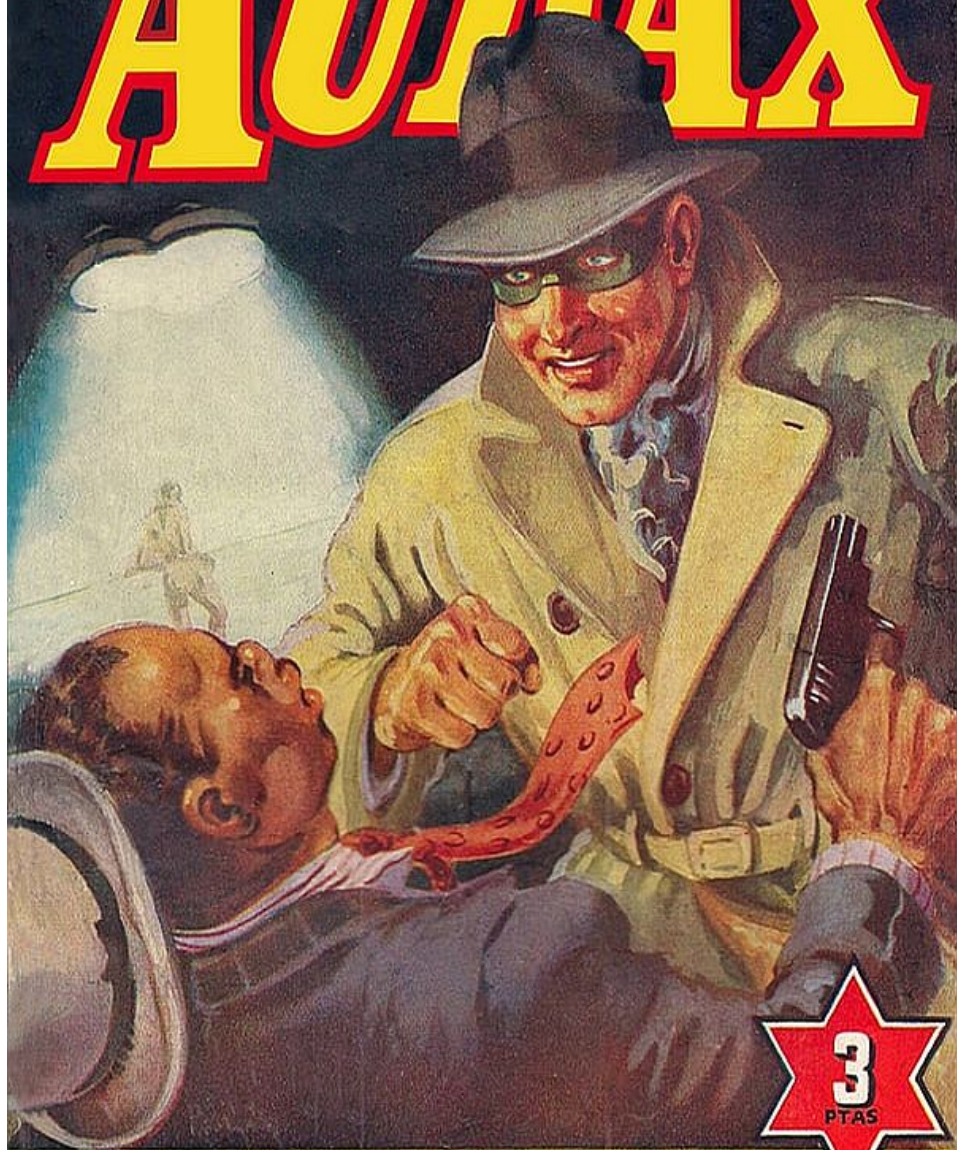


AUPAX



LA BANDA DE CHAMP O'SHEA

Lord King, gran aficionado al deporte de las doce cuerdas, sospecha del rápido desenlace de un combate entre Champ O'Shea

y Kid Ray, descubriendo que Angus Barryth, su amigo el promotor de boxeo, es objeto de chantaje a manos de un misterioso enmascarado, para amañar los combates de Champ. Ayudado por su linda secretaria «*Baby*», AUDAX desbarata los planes del enmascarado, que resulta ser un antiguo delincuente camuflado en el servicio doméstico de Angus.



P. V. Debrigode

La banda de Champ O'Shea

Audax - 3

ePub r1.0

Editor 23.01.17

Título original: *La banda de Champ*
O'Shea

P. V. Debrigode, 1946

Portada: Provensal

Ilustraciones interiores: Cifré

Editor digital: Editor

ePub base r1.2



AUDAX

por
P.V. DEBRIGODE



EDITORIAL



BRUGUERA



La Banda de
CHAMP O'SHEA

por

P.V. DEBRIGODE

CAPÍTULO PRIMERO

Don Taylor, el desconcertante

Peggy Blunt estaba secretamente enamorada de un personaje de carne y hueso que idealizaba sus lecturas favoritas, y que representaba para ella el galán a su gusto.

Era el «hombre de los viernes». Así lo llamaba ella en sus pensamientos, porque no conocía su nombre. Olía a tabaco y lavanda; era alto y flaco, aunque se le adivinaba fuerte bajo el traje que vestía descuidadamente, pero con natural elegancia.

Según los cálculos de Peggy, aquel misterioso sujeto pasaba muy poco de los treinta años, pero estaba prematuramente envejecido: Canas en los aladares del negro cabello, y surcos faciales como trazados al bisturí.

Y la fértil imaginación de Peggy creaba tragedias aureolando la figura del «hombre del viernes», en cuyos ojos hundidos alentaba una triste indiferencia, pero atenuada por un desconcertante gesto burlón permanentemente plasmado en los labios del desconocido.

El viernes por la tarde, alrededor de las seis, la taquillera del establecimiento de Baños Populares, sito en la calle 64, miró inconscientemente su reloj de pulsera.

Ella también, como Peggy Blunt, pensaba alguna que otra vez en «el hombre de los viernes». No estaba enamorada, sino intrigada por sus fracasados intentos de «catalogar» al desconocido que, aunque vistiendo siempre con desaliño, ostentaba a veces un conjunto de ropas impecables en confección, desde el sombrero blando hasta los zapatos, y en otras ocasiones, lucía ropas que adivinábanse recién adquiridas de un ropavejero.

Pero desde hacía más de seis meses, el individuo misterioso llegaba infaliblemente hacia las seis y pedía siempre...

—Un frasco de Lavanda «Yardley», un jabón ídem, *ticket* de barbería y de baño caliente primera.

La taquillera sonrió al «hombre del viernes», cuyo traje gris, camisa de seda «Borsalino», y corbata selecta, pregonaban que en aquel viernes se hallaba «en forma».

Don Taylor devolvió la sonrisa examinando las pulidas uñas de la taquillera. Añadió una novedad en sus peticiones:

—Déme un *ticket* de manicura, señorita. ¿Le debo?

—Siete dolares y veinte centavos, señor.

Al recoger el dinero y mientras se iba colocando por los bolsillos el frasco, el jabón y los *tickets*, ella tendió las voluminosas toallas esponjosas.

—¿Puedo sugerirle una idea, señor?

—Sugiera cuanto desee. Ando muy falto de ideas.

—He observado que el señor acude todos los viernes.

—Lo considero mi día de fiesta. Asearse totalmente los viernes, ¿es perjudicial para la salud?

—Quería aconsejar al señor, que tomase un abono, supondría una economía...

—Fea palabra, señorita. Ahorrar es sensato, pero los diccionarios dicen que es palabra que significa virtud de vejez... y un vidente me aseguró que yo no llegaría a viejo. Buenas tardes.

La taquillera contempló cómo Don Taylor entraba en la barbería como siempre, y como siempre volvió ella a meditar en la posible profesión del «hombre del viernes».

¿Músico? No; si bien el demacrado rostro anguloso podía indicar vida nocturna, generalmente en los músicos había cierta sonrisa afectada...

¿Camarero? El corte de sus ropas y un algo indefinible en su persona hacia rechazar aquella prosaica...

—¡Oiga! —repitió una voz impaciente—. ¿Se acabó el agua? Le he pedido ya por dos veces un *ticket* de baño...

—Perdone, señor —y la taquillera regresó a su cometido.

Don Taylor arrellenóse en el sillón de la barbería, y el peluquero, sabedor de que sólo obtendría distraídos monosílabos como respuesta, se dedicó silenciosamente a su tarea. Afeitar, afinar

el recto bigote, masaje... ¡Ah, una novedad! Mientras le colocaba la toalla al cuello el «hombre del viernes» dijo lacónicamente:

—Manicura.

Peggy Blunt acudió íntimamente emocionada. Sus expertas manos temblaban ligeramente al ir colocando en la mesita portátil su instrumental.

Don Taylor, extendido en el sillón, miraba al techo con los ojos entornados, mientras el barbero le convertía en espuma la parte inferior del rostro.

—Buenas tardes, señor —habló Peggy Blunt con afectada indiferencia—. ¿En almendra, cortas, o semilargas?

Don Taylor ladeó la cabeza y sus hundidos ojos, sin estímulo vital, se posaron en la morena manicura.

—Ni cortas ni largas, ni redondas ni rectas. A su gusto. Supongo que existirá una estética de la uña masculina. Me sobran pieles en la base, y deseo comprobar si una semiluna blanca destacándose en un espejito brillante, aristocratiza mis manos.

Peggy Blunt gustaba del baile. Esa afición y su oficio le habían hecho insensible al roce y contacto de todas las manos masculinas. Sin embargo, al coger la diestra nervuda, de dedos flacos, con negro vello en el dorso y en las falangetas, sintió un absurdo calorcillo bajo los rizos de su nuca.

Las tijeras-alicates fueron crujiendo... El barbero hacía cantar su navaja contra la superficie del afilador... Don Taylor cerró completamente los ojos. Dormitaba...

Peggy Blunt, manicura siempre charlatana, buscaba en vano banalidades de las que tanto abundaba cuando se trataba de clientes habituales. Hubiese querido ver de nuevo, cercana a la suya, la mirada indiferente y trágicamente muerta del «hombre del viernes»...

—¿En esta forma le parece bien, señor?

Don Taylor abrió los ojos, el barbero apartó la navaja, y la mano del cliente se extendió en el aire. Las uñas recién cortadas y con un ligero toque de lima, dibujábanse en corta semiluna.

—Perfecto —y Don Taylor volvió a entregar su mano, que Peggy Blunt enlazó profesionalmente al parecer, reprochándose agriamente su íntima desazón.

Introdujo la mano masculina en la tacita de agua caliente para

ablandar las pieles. Dedicóse a la otra. Se esmeraba para que el «hombre del viernes» se acostumbrase a manicurarse...

Terminaba el barbero su masaje, y enderezaba el sillón.

—La fricción de Lavanda, como siempre, ¿no, señor?

—Eso es. Cuando salga de las olas perfumadas de la bañera.

Vio Peggy Blunt la ocasión de prolongar su romance secreto.

—El «polissoir» después del baño, ¿no, señor?

Don Taylor, despojado de las toallas, se puso en pie. Miró como sí viera por vez primera a la manicura. Tardó en contestar...

—Sí. Después.

En el lujoso cuarto de baño, de nítidas blancuras resplandecientes, Don Taylor se desnudó. Sobre el taburete estaba ya la muda completa, que la encargada del servicio de baños lavaba semanalmente.

Vertió en el agua caliente la mitad del frasco de lavanda. Se sumergió con deleite, dejando los brazos libres de la caricia del agua, para encender un cigarrillo mentolado.

Suspiró plácidamente, apoyando la nuca en el reborde frío de la bañera. Hizo mover los dedos de sus pies, que marcaban cierta tendencia a levantarse dentro del agua...

—Siete dolares veinte —calculó en voz alta—. Una cena en condiciones cuatro dolares, propina incluida. Un paquete de «Spud», cerillas, y ver la pagana estulticia de las chicas del «Sponny», cuatro dolares más. Me quedarán cinco limpios.

Su diestra tanteó el bolsillo interior de su americana, acariciando la rígida forma de una automática. El gesto hizo caer la americana de su perchero. Chocó contra el suelo de corcho.

—¿Buen presagio o malo? Ese ruido mate, casi parece la caída de un cuerpo acribillado... El mío... cuando falle, porque en la silla eléctrica sólo se sientan los que, por apego a la vida, desean prolongarla inútilmente.

No recogió la americana, sino que, tirando el cigarrillo consumido a medias, introdujo en el baño sus dos brazos, y resbalándose ligeramente, quedó cubierto por el agua jabonosa donde iba derritiéndose la pastilla de Lavanda.

Dejaba solo asomar la parte superior de su rostro a partir del fino bigote que, en trazo recto, aumentaba la dureza de sus rasgos.

—Menuda, morena... Formas de niña. Ojos verdes, de un verde

apagado, opaco, de mar. Labios gordezuelos, frente abombada... Su cabello es negro y rizado como el de una ovejita —iba describiendo en voz alta a Peggy Blunt, la manicura—. Tiene andares de jilguero, graciosos. Mucha luz en la cara. Da alegría verla, y tiene una voz dulce, fina, blanda, que acaricia, aun sin proponérselo ella. En conjunto, una muñeca.

Empezó a friccionarse el cuerpo con energía. Su flaca anatomía se pobló de músculos largos y acerados durante el masaje...

—Una muñeca como todas, sin resortes... Divagas, Don. Estás envenenado de soledad y ocultas caudales de ternura.

Se pegó un puñetazo en el pecho. Crispadas las mandíbulas...

—No sabes, Don, no sabes dónde está ese manantial límpido, fresco y generoso que sea ternura sencilla... ¡Idiota!

Secóse con tal vigor, que las rojeces invadieron su cuerpo. Fue vistiéndose con lentitud, y poco después el «hombre del viernes» repetía las rituales palabras a la encargada:

—Te dejado la muda. No se olvide de tenerla limpia para el próximo viernes. ¿Cuántos viernes me quedan aún?

—El señor dejó pagadas cuatro semanas el viernes pasado.

—Mejor que así sea. Buenas tardes...

Entró de nuevo en la barbería y tendió el frasco de Lavanda medio vacío al peluquero. La menuda y morena manicura arregló la mesita innecesariamente. La había colocado en el lugar destinado a los clientes que esperan.

Ingenua maniobra para no mirar de perfil a su romance. Y obligatoriamente, al quedar peinado, Don Taylor tuvo que sentarse frente a Peggy Blunt, separados tan sólo por una mesita.

La observó mientras ella aplicaba en sus uñas varios trazos de un disquito rojo. Y Peggy Blunt, aunque miraba las uñas, sintió cierta alegría temerosa.

Los clientes solían mirarla, pero Don Taylor nunca la había visto. Como si en la barbería no hubiera más que un sillón, un jabón espumoso y una navaja...

—Este lápiz blanco que me introduce usted bajo la uña la eleva a la categoría de dibujante artístico. Las manicuras, ¿tienen un nombre particular?

—Peggy. Peggy Blunt —dijo ella, precipitadamente.

—Don. Don Taylor —replicó él, con celeridad.

Levantó ella la mirada y, al ver en los ojos indiferentes cierto chispeo alegre, sonrió con la misma felicidad que le hubiera producido encontrarse en la boca del Metro con un billete de mil dolares.

Pero su mano perdió habilidad y el lápiz blanco se hincó sensiblemente bajo la uña de Don Taylor, que crispó el entrecejo.

—¿Pago ya las culpas del novio? —dijo sin sonreír.

—Perdón, señor. ¿Le hice daño?

—Falta de costumbre, Peggy. Es la primera vez que sostengo las manos de una artista embellecedora de extremidades.

Peggy Blunt procuró adquirir el aire de la manicura que habla por hablar:

—No paga usted las culpas de mi novio... porque no tengo novio.

—Estamos, pues, a la par. Magníficas uñas. No parecen mías —y Don Taylor se examinó, complacido, las dos manos—. Me siento como un leñador que, bajando de los montes, viste su primer traje de ciudad. Gracias, Peggy. Tome.

Tendió un dolar. Ella rechazó, secretamente ofendida en su romane.

—Me dio ya el *ticket*, señor Taylor. Agradecida.

Don Taylor arrugó el billete de dolar, indeciso. Al fin, dijo con lentitud:

—Nos darían por valor de varios emparedados y un juego de frutas. Si me permitiera... ¿A qué hora sale usted?

—Tarde... —dijo ella pesarosa—. A las once de la noche.

—La hora favorita en que los jugos de frutas saben mejor. Hay enfrente de este establecimiento un bar de confortables divanes. ¿Me permite esperarla?

—Agradecida, señor —dijo ella, dominando su voz.

—Agradecida ¿significa que sí o que no?

—¡Sí!... Sí, señor Taylor —bisbiseó ella con reverencia.

Don Taylor colocóse el fieltro azul y salió de la barbería. Al arreglar su mesita, Peggy Blunt semejó un batería de *jazz*, repiqueteando entre sí los palillos...

Don Taylor cenó seleccionando los platos de lo que podía constituir su última cena. Salió a la calle, encendiendo un «Spud» y, como siempre que el apremio monetario le acosaba, meditó en la

conveniencia de gastar prontamente sus postreros dolares.

Entró en el «Spoony», cuajado de humo y ruido, donde el *jazz* perforaba los tímpanos acompañando las evoluciones de coristas dinámicas y de eterna sonrisa que recordaban a Don Taylor los anuncios de un dentífrico.

Sentóse en una mesa cercana al tablado de aquel teatro de tercera categoría, muy frecuentado por la alta sociedad en sus nocturnas expediciones alcohólicas...

—¿Tabaco, cerillas, señor? —inquirió una voz cascada.

Don Taylor miró a la anciana vendedora. En el fondo sabía que ella exageraba su senectud y que transformaba su voz ya trémula en «trémolos» para inducir a compasión.

Le tendió un dolar y ella ofreció su canastilla.

—Tengo tabaco y tengo cerillas, abuela. El dolar es para los nietos que no tiene usted.

La vieja, como agradecimiento del gesto que consideraba acción de hombre ebrio, fue presurosa a comunicar a la pizpireta florista que «el del sombrero azul y traje gris» estaba en el cuarto de hora generoso.

La florista exhibió la más bella de sus sonrisas mientras colocaba en el ojal de la solapa de Don Taylor un blanco botón de pétalos.

—Gracias —dijo Don Taylor mirando al escenario.

Ella vaciló, algo confusa.

—Vale un dolar, caballero —explicó, al fin.

—¿El qué? —preguntó Don Taylor.

—La flor.

—Llévatela, entonces. Yo no te la pedí.

—Puede quedársela —dijo ella, desdeñosamente—. Pero los demás me dan un dolar.

Don Taylor no replicó. Seguía mirando el escenario. Allí todo era luz, ficticia alegría, derroche de vida... y dentro de una hora aproximadamente, quizá, la luz de la vida se habría apagado para él.

—Yo le regalo esta flor, amigo —insistió la florista—. Lo hago así cuando el que entra no tiene cara de rico.

Don Taylor se levantó lentamente, quitóse la flor, que echó en el canastillo, y llamó al camarero.

—¿Qué le debo?

—Medio dolar, señor. Gracias, gracias, señor... —Y el camarero hizo una reverencia que sólo empleaba una vez cada quince días. Ése era su cálculo aproximado de la posibilidad de una propina que, como aquellos tres dolares, equivalieran al quinientos por cien.

El «Spoonny» estaba instalado en el cruce de la 42 con el Lexington Square. Y a las diez y media de la noche, los neoyorquinos transitaban en creciente continuidad por aquellos contornos.

Don Taylor parecía leer una revista de deportes cerca del umbral del «Hooligan», el elegantísimo *club* de noche. Para el mismo portero, Don Taylor era el hombre que empezaba a aburrirse de esperar a su amiguita.

Un «DeSoto Custom» bruñido y de color acaramelado, vino a detenerse ante el umbral del «Hooligan». El chofer abrió la portezuela en pugilato discreto con el portero.

Angus Barryth y su hermana. Dafne descendieron, internándose en el *club* de noche. Lo de siempre. Escasamente un cuarto de hora: el champaña *post-cena*, intercambio de críticas sobre espectáculos, y volverían a salir dando al chofer una dirección de cualquier teatro o reunión musical...

Don Taylor dirigióse al lugar donde los coches se estacionaban en espera de la llamada de sus dueños. Conocía el rostro de pastelero del chofer de los Barryth.

Hasta entonces sólo había efectuado pequeños latrocinios, con preferencia en los barrios bajos, seleccionando prestamistas o tenderos.

Por dos veces tuvo que correr ahuyentado por silbatos policiales y algunos disparos al aire. Su automática sólo le había servido para hacerse escuchar respetuosamente por el desvalijado.

La noche en que se gastó el equivalente a cuatro días de existencia, para asistir al estreno de una obra de Eugene O'Neil

, había valorado los escaparates de joyas que lucían las espectadoras.

Dafne Barryth había ganado en el concurso de «las mejores joyas».

—Oiga, amigo. Buenas noches. Ése es el último tipo del «DeSoto». ¿Tiene hydramátic?

El chofer interpelado examinó el corte del vestido y la corbata del que hablaba. Llevóse la mano a la visera.

—Sí, señor. Es el modelo más reciente. Una seda.

—Pero las palancas bajo el volante no me convencen —dijo Don Taylor.

Abrió la portezuela el chofer para enseñar las múltiples ventajas de aquella disposición. El culatazo que recibió en la base del cráneo y el empujón que le tendió en el interior, fueron simultáneos.

Don Taylor subió, sentándose junto al inanimado chófer, que quedó ovillado en el suelo. Puso el contacto mientras acudían corriendo varios chóferes.

Arrancó a toda velocidad. Todos sus rasgos estaban en tensión mientras conducía hacia la dirección del domicilio de Angus Barryth.

Hizo un alto en un oscuro callejón, para vestir la guerrera y la gorra del chófer.

El portero de noche de la casa de los Barryth abrió el garaje, y se desentendió del resto. Al chófer le tocaba cerrar, y él regresó a su garita, a continuar leyendo el periódico.

Don Taylor cerró la puerta, quitóse la guerrera y la gorra, y fabricó una tosca mordaza para el chófer, cuyas manos ató a la varilla del volante.

En la diestra su automática, y en la zurda la linterna eléctrica, fue recordando el plano interior de la casa, que había obtenido hojeando la revista «Hogares modernos».

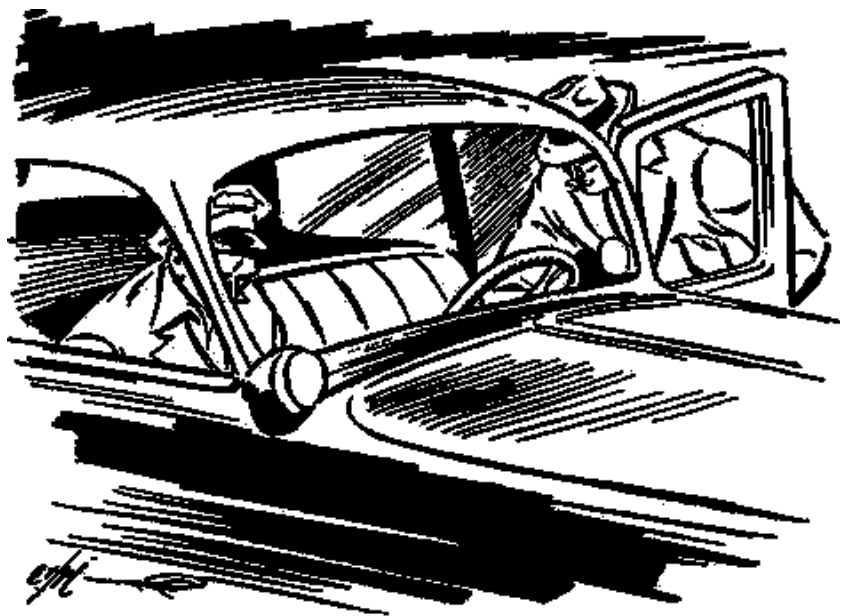
Logró llegar sin obstáculos hasta la alcoba de Dafne Barryth. Llenó sus bolsillos de estuches, sin abrirlos. Pasó por varias habitaciones hasta penetrar en la alcoba de Angus Barryth.

En un cajón de la mesita de noche, que servía de licorera, encontró una cartera, que al cogerla crujió de billetes.

De nuevo en el garaje, fue oyendo timbres de teléfono, pasos apresurados, gritos... Las luces se encendían. Abrió la puerta del garaje...

—¡Eh! ¡Oiga!...

El portero de noche acudía corriendo. La automática de Don Taylor tenía sólo dos objetos: servir de tarjeta de presentación, y como pasaporte definitivo, en caso de ser acorralado por la policía.



...subió, setándose junto al inanimado chófer...

La esgrimió amenazador sin propósito de usarla... El portero retrocedió, gritando.

Don Taylor empezó a correr. Sonó un estallido, y en el hombro del que huía se hincó una quemante aguja.

* * *

Al entrar en el oscuro tenducho, Don Taylor afirmó los pies, apoyándose con fuerza en el mostrador.

—Me quedo con esta gabardina —dijo, a la par que descolgaba una prenda casi nueva, que vistió rápidamente.

El ropavejero miró con desconfianza el apresurado cliente.

—Vale treinta dolares. Es nueva.

Don Taylor extrajo la cartera de Angus Barryth. El gesto le produjo un intenso dolor en el hombro... Extendió un billete de cien, y recogiendo el cambio salió de la tienda, abierta día y noche.

Del «Empire Building» llovieron los graves y sonoros toques del

gran reloj, audibles en la noche. Once.

Unos ojos verdes, una voz acariciante... Don Taylor cerró los puños. Era ya rico, pero seguía solo y rebosante de sonriente neurastenia.

Cogió un *taxi* y mientras se dirigía al bar de enfrente a los Baños Populares, sintióse deseoso de dormir. El disparo del portero de noche le ardía en el hombro y en el pecho...

No se quitó la gabardina al sentarse en uno de los compartimentos del interior del bar. Dejó la cortina entreabierta, y la silueta menuda y garbosa de Peggy Blunt le alegró instintivamente, sin saber por qué.

—Buenas noches, señor Taylor —dijo ella, sentándose junto a él.

Despojada de su bata blanca, vestía elegantemente un traje sastre astil, y sus medias de gasa tenían digno remate en unos zapatos de línea breve y alto tacón.

—Es extraño, Peggy. No te conozco... —Y la voz de él, apasionada, tenía temblores de fiebre—. Y deseo sentir otra vez el tibio contacto de tu mano... No me creas un «donjuán» de vía estrecha... Busco una mujer que no se ría de mis incoherencias. Que sepa ser madre, hermana, novia, amante, esposa, hija... Compañía a mi inquietud de desplazado... Y tú...

Bruscamente, doblóse por la cintura y su fieltro azul se aplastó contra la mesa. Iba ella, alarmada, a gritar, pero en su boca sintió la mano de Don Taylor:

—No, el camarero, no... Estoy herido... No llames... Peggy...

Los músculos masculinos se distendieron, y Don Taylor perdió el conocimiento.

CAPÍTULO II

Besos en la resina

El repiqueteo isócrono del «*puching*» contra el tablero empotrado horizontalmente en la pared del gimnasio; el característico olor a trementina de las embrocaciones; el relente de sudores y las ruidosas exhalaciones nasales con que los púgiles resollaban, constituía el sempiterno «clímax» ambiental de la sala de entreno, donde debido a la ocurrencia de Angus Barryth, el promotor millonario, efectuaban sus diarias sesiones de entrenamiento los dos finalistas de la competición para conseguir un adversario para Johnny Ryan, el flamante campeón de los semimedios.

Las sesiones podían ser presenciadas por el público, y una gran cortina dividía el vasto gimnasio en dos porciones. En una, Kid Ray, el voluble «científico», exhibía su rubia cabellera alisada y su anatomía estilizada de pétrea contextura.

En la otra, Champ O'Shea

, el naciente ídolo de Harlem, sentíase confortado con la presencia de un público formado en su mayoría por gente de color, de chillona conversación cadenciosa, que le recomendaba machacar a Kid Ray y después enviar rápidamente al país de los sueños al campeón Ryan.

Kid Ray entró en el *ring*, y su segundo Clifford Martin, le colocó los guantes de ocho onzas. En el otro rincón, el «*sparring-partner*» aguardaba el momento de acostumbrar al «Voluble» a la pegada potente de Champ O'Shea. Había sido elegido por ser «fajador» y peso pesado.

Sonó el *clinch* y Kid Ray, el esbelto y alto semimedio, juguetó con su saco humano. Los potentes golpes del peso pesado eran esquivados hábilmente o amortiguados con milimétricos esguinces de cintura.

Entre los espectadores, una rubia de infantil apariencia, y llamativa beldad, tocó en el brazo de un atildado individuo de rientes ojos azules.

—Su Kid Ray es una bailarina, patrón —dijo con desdén—. ¡Diablos! Si no hace más que demostrarnos que tiene por cintura un vaivén de rumba, el negro le quitará el bailoteo.

—Este *round* es el de guantes preliminar. Kid no pega. Aguarda a que lo llaga, y verás que el bruto negro ha de perder ante la ciencia de un bruto elegante.

Y Lord King, el *Diletante*, experto boxeador *amateur* científico en sus tiempos universitarios, apreció en el segundo *round* de guantes la precisión con la que, a la debida distancia, Kid Ray, con golpes efectivos, sin aparatosidad, iba cortándole el resuello al peso pesado.

Un gancho de izquierda fue conectado demasiado fuertemente, y el peso pesado besó la resina tendido de bruces, cara abajo.

El propio Kid Ray, apesadumbrado, lo levantó y colocó en su taburete, prodigándole masajes y rociaduras hasta que el «*sparring*» abrió los ojos.

—Perdona, ciudadano —se excusó Kid Ray—. No quise darte dinamita. Se escapó.

Cliford Martin, el *manager* del «Voluble», desde las cuerdas del *ring* empleó su estilo de charlatán, dirigiendo sus palabras a los espectadores:

—Accidente que demuestra la infernal potencia del científico «Voluble». No temáis, no temáis. No habrá volubilidad esta vez. Kid aplastará al negro, porque pega más, porque tiene cerebro, y porque si hay un campeón en Nueva York es Kid. ¿No sabéis? Pega tan fuerte que, haciendo «*shadow-boxing*», es decir, peleando contra su silueta, puso «k. o.» a su inopia sombra...

Algunos rieron y Cliford Martin siguió cantando las excelencias de Kid Ray, el hombre que iba a trincar la ascendente carrera de Champ O'Shea

, el nuevo ídolo de Harlem.

Lord King conocía al *manager* charlatán. Le aguardó, y cuando, acompañando a su pupilo, se dirigía a los vestidores, le saludó.

—Hola, hola, señor King. ¿Tomando nota para apostar fuerte?

—Acertó, Martin. Su muchacho está magnífico de forma.

—Gracias, ciudadano —dijo Kid Ray—. También la señorita ostenta una forma magnífica —añadió, admirativamente, señalando campechano a «*Baby*», la rubia secretaria de Lord King.

—¡Diablos! Con esos cabellos siempre tan peinados, casi me gusta usted —replicó «*Baby*» sin desconcertarse, con su habitual mezcla de candor y descaro—. Pero baila demasiado, y el negro pega como un molino.

—Dígame que apuesta por mí, y le noqueo antes de lo que pensaba. Sí, ciudadana, él besará la resina.

Y con elástico andar marchóse el púgil con su *manager*, tras guiñar un ojo a la rubia secretaria.

—Ese mozo petulante y castigador es un... —empezó a decir ella.

—Freno y marcha atrás, muñeca. —Interrumpió Lord King riendo—. Vas a soltar un enérgico calificativo, y Kid no tiene la culpa de que, tú seas bonita. Vayamos a ver qué tal se porta Champ O'Shea

«*Baby*» estaba horripilada de lo que calificaba «insensibilidad egoísta» al pensar en la frialdad con la que Lord King siempre aludía a su belleza. Hubiese preferido que Lord King estuviera enamorado de otra o la considerase fea, antes que soportar la cortés indiferencia con que la trataba el hombre que la gratificaba con un sueldo.

Champ
O'Shea

estaba martilleando brutalmente los flancos de un púgil blanco, que se defendía trabajosamente.

La espectacular musculatura de ébano relucía sudorosa, y el rostro bestialmente achatado del negro ostentaba una mueca de ferocidad, oyendo las voces de encorajinamiento de sus incondicionales.

—Ha de perder —dijo Lord King en voz baja—. Es el peleador

cabal, fajador, poseedor de un instinto homicida, desbordante de vitalidad y de pujanza. Pero su estilo de ataque persistente, rudo, cruel, implacable, es precisamente lo que constituye el triunfo de Kid Ray, que es boxeador de contra y hábil esquivador. Kid Ray es un oportunista, y él será quien gane.

—Oiga, patrón —susurró medrosamente «*Baby*». Estamos rodeados de nubes negras, y si sigue usted cantando la gloria de Ray, va a descargar una tormenta de rayos negros que nos va a mandar a la gloria. ¡Diablos!

—Bien hablado, ricura —murmuró una voz cantarilla junto a «*Baby*».

La secretaria, aunque ya advertida de que en los gimnasios no se estilaban modales versallescos, sintióse ofendida ante el individuo de rostro bronceado, que la miraba con siniestra sonrisa, como si Lord King fuera una figura de cera.

—¿Quién demontres es usted? —inquirió «*Baby*».

—Pancho Jiménez, el gran Pancho Jiménez.

—Bien ¿y qué culpa tengo yo de que se llame usted «Quimenés»? Búsquese por ahí otro nombre más presentable.

—No te alborotes, «*Baby*» —intervino Lord King—. El caballero es sin duda el *manager* de Champ O'Shea

, ¿no es así?

—El mismito, señor King. También yo le conozco de verle asistir a todas las veladas, en primera fila de *ring*. ¿No le gusta el estilo de mi tigre?

La afilada cara morena del mejicano, cuando más amable quería ser, más siniestra resultaba.

—Champ es un magnífico pegador —aprobó, diplomáticamente, Lord King— y usted lo entrena admirablemente. Mañana ganará el mejor.

—Así lo espero. Y usted, señorita, no se incomode, pero si la llamé ricura, no ofendí al señor King. Fue un elogio para él, que tan bien sabe seleccionar sus compañías.

—Soy su secretaria, amigo pelmazo. Y su familiaridad es oleaginosa y excesivamente perfumada.

Lord King levantó los hombros en ademán de excusa, mientras el mejicano pasábase el índice por el bigotillo abrigado. «*Baby*»

estaba ya a varios pasos de distancia.

—Chispilla y manejando directos —comentó Pancho Jiménez—. Dicen que usted es un prodigio de cortesía, señor King. ¿No puede desteñirle un poco a ella?

—Cuando yo destiña, señor Jiménez, me acordaré de usted en primer lugar. Buenas tardes.

—Oiga, oiga, señor King. ¿Está usted molesto conmigo? He creído que había ironía en sus palabras. ¿He sido descortés o grosero?

—En absoluto, señor Jiménez. Pero mi secretaria tiene un concepto especial de la galantería. No le conocía, y el epíteto halagador que usted la dedicó fue levemente parecido al estilo de ataque de Champ. Buenas tardes.

Buenas tardes. Y recuerde que será su favorito quien bese la resina.

Lord King levantó los hombros sonriendo, y volteando su bastón, se dirigió hacia donde «*Baby*» aguardaba.

—Te lo dije, muñeca. Las salas de entrenamiento no son frecuentadas, habitualmente, por amantes de la etiqueta social.

—Yo tampoco soy una «*snoob*», pero usted mismo dice que no es la cosa lo que hay que mirar, sino su manera de presentarla. Si un muchacho guapote y tal me llama «*ricura*», no me molesto. Pero esa indecente piltrafa de mejicano, que es un...

—Tu vulgaridad si es a veces tu encanto, en otras es tu perdición. Callada, entusiasmas.

Mantúvose callada «*Baby*» durante el tiempo que Lord King condujo el «*Auburn*» dos plazas hacia el edificio donde residía.

En el ascensor también estuvo callada. Sólo cuando Lord King introducía la llave en el cerrojo de la puerta del piso, estalló:

—¡Diablos! Yo también apuesto por Kid Ray. ¡Lástima que no sea Panchito el que haya de pelear con el rubio!

«*Grumpy*», la tía de «*Baby*» y ama de llaves de Lord King, escuchó la indignada explicación de su sobrina.

—... y todos hablan de besar la resina. ¡Toneladas de resina líquida y con embudo le daría yo a ese «*grasoso*»!

—No hay para tal drama, «*Baby*» —intervino Lord King, buscando encima de la mesita una revista de Artes Plásticas—. Siempre te han agradado los piropos...

—Cierto, patrón. Los cumplidos a mi medida, como las gastan los muchachos sanotes. Pero no ese... bueno, el «Quimenés», ¡diablos!

—Llamarte ricura, no es insulto.

—Lo fue, y mucho insulto es su mirada de lobo hambriento.

Lord King desapareció en sus habitaciones, y dos horas después, solo, asistía al pesaje de los dos púgiles que a la noche del día siguiente rivalizarían para lograr verse enfrente de Johnny Ryan.

Dedicó especial atención a las declaraciones de Kid Ray, que, asediado por los periodistas, habló con su gangosidad lenta:

—Haré lo que pueda, ciudadanos. Pero me encuentro cabal y pletórico. Llevo tres semanas seguidas sin probar una gota, ni bailar un solo «hot». Acostándome a las diez todas las noches. Y añadid un detalle, ciudadanos. Tengo que tumbar al *chocolate*, porque el ciudadano Ryan me birló una muchacha con la que yo había ganado el campeonato de «*swing*». Y por todos mis baúles, os aseguro que yo le birlo el campeonato al ciudadano Ryan. Besaré la resina hasta hartarse.

Lord King había decidido apostar diez mil dolares: elevó mentalmente la suma a veinte mil a favor de Kid Ray. Conocía su forma de declarar y su gran vanidad. No cabía duda de que Champ O'Shea

perdería, pagando las culpas de Johnny Ryan, al «birlarle»...

—Buenas noches, King. ¿Observando la forma de los caballos antes de las carreras?

—Vísperas de un excelente combate, Barryth. Es usted el promotor que selecciona mejor sus espectáculos. Tanto más de admirar, cuanto que no lo hace usted por afán de lucro.

—Tampoco usted selecciona por afán de lucro las mejores antigüedades y cuadros para nuestra sociedad. ¿Cuándo viene a cenar una noche a casa? Mi hermana compró recientemente un camafeo que le han asegurado que perteneció a Lorenzo de Médicis, y me temo que esté fabricado en un bazar de El Cairo.

—Dafne entiende más de joyas... que un ladrón de guante blanco, Barryth. No obstante, por el placer de una compañía agradable, acepto honradísimo su invitación. Kid Ray parece estar en forma.

—En parte, él tendrá que agradecermelo a mí, si noquea a

Champ. Desde que me lancé por capricho a ser promotor, sólo tuve un propósito: Harto de ver combates trucados, o entre boxeadores mal preparados, me propuse que los hombres que yo presentase en un *ring* estuvieran en la mejor de las condiciones. Contraté a Kid Ray con una cláusula especial: si durante las tres últimas semanas de entrenamiento, bebía o trasnochaba, yo anularía el contrato, y no subiría al *ring*. Y ahí lo tiene usted; pimpante y piafante como un caballo sobrado de energías.

—Tiene muchas facultades y podría haberse ido de parranda alguna que otra noche sin que usted se enterase.

—¡Oh, no! —Y Angus Barryth rió satisfecho—. Coloqué vigilándole a dos agentes privados de los mejores. Kid Ray ha estado tres semanas enteras viviendo como un monje de Tebaida.

Lord King elevó mentalmente a treinta mil la suma que iba a apostar por Kid Ray. Si éste había vivido durante tres semanas como un «boxman» ejemplar, mucho empeño debía de tener en cruzar los guantes con Johnny Ryan.

Lanzó un globo de ensayo.

—Las apuestas favorecen a Champ.

—Tenga presente que los *chocolates* son jugadores hasta la medula. Y Harlem entero ha apostado por su nuevo ídolo. La cotización es ahora de siete a tres a favor de Champ. Pero mañana por la noche se nivelará o al menos llegará al siete a cinco. Confidencialmente, yo apuesto por Kid Ray. No por prejuicio de color, que no lo tengo, sino porque Kid en forma posee tanta pegada como el negro y mucha más ciencia del *ring*. Champ ha efectuado tan sólo siete combates profesionales, y aunque los haya ganado todos antes del límite, Kid Ray lleva cinco años de profesión y es gato marrullero. Si hasta ahora no calzó el guante de campeón es porque ha llevado una vida desordenada.

El «Prize Chambers», a la noche siguiente, abrió sus puertas a las diez, y una muchedumbre ruidosa fue ocupando las graderías altas. Eran los que querían sacar el máximo jugo al precio de la entrada, y para los que los combates teloneros ofrecían ocasiones de lucir un ingenio relativo a base de gritos ofensivos.

Las filas de *ring* estaban aún casi desiertas. El combate estelar no empezaría hasta las once y media. Poco a poco fueron apareciendo peceras almidonadas y escotes enjorados.

En primera fila de *ring*, «*Baby*» conservaba los labios muy juntos. Vestía un encantador vestido de «tisú» azulado, y había prometido a su tía «Grumpy» comportarse de acuerdo con su apariencia de muchacha da la «alta».

Y secretamente la enorgullecía sentarse al lado de Lord King, un patrón apuesto, que, además de ser físicamente un hombre guapo, era el que mejor vestía en todo Nueva York.

La opulenta belleza de leve toque maduro de «Grumpy» solicitaba de vez en cuando la atención de algún cuidador de los boxeadores.

—¿Estás indispuesta, «*Baby*»? —inquirió, solícito Lord King, aunque en sus azules ojos risueños bailaba la ironía—. Hace diez minutos que estamos aquí y no has comentado ni me has dado tu opinión particular.

«*Baby*» sonrió con majestuosa condescendencia. Quedó contenta: había reproducido con fidelidad la sonrisa fría y altanera de Hedy Lamar.

«Grumpy» palmoteo cariñosamente la diestra de su sobrina.

—En salidas de gala, mi querida «*Baby*» quiere hacerle honor, señor.

—Y por eso me callo —dijo la aludida.

Iban ya siendo ocupadas todas las filas de *ring*. Extrañado, Lord King comprobó que los dos asientos junto a él seguían aún vacíos. Y sin embargo, Angus Barryth era el promotor...

Los dos pesos ligeros que se enfrentaban en el cuadrilátero fueron obsequiados con un sonoro aluvión de aullidos que, como cataratas, descendió de las graderías.

—Estos muchachos quieren demostrar un exceso de precauciones —aclaró Lord King.

«Grumpy», mirando a las graderías, examinó el curioso espectáculo de los rostros que alternaban blancuras y negruras, más abundantes estas últimas. El público negro estaba presente en mayor proporción.

—Si «*Baby*» hablase diría que aquello parece un escaparate de quesos y de ciruelas cocidas.

—¡Ahí viene Barryth! —declaró. King—. Empezaba a retrasarse. Será elegante no demostrar ansiedad por divertirse, pero Barryth es el promotor.

Dafne Barryth, sabio maquillaje y aparente aburrimiento, estrechó la mano de King, y Angus Barryth sentóse junto a él.

—Nos ha ocurrido un caso lamentable —explicó—. Un desconocido nos ha robado el coche. James, el chófer, ha desaparecido, y hemos tenido que venir en *taxi*. He telefonado a casa, por si regresa James. ¿Qué? ¿Ha probado usted suerte por el blanco o por el negro?

—Apuesto por Kid. Poca cosa: para entretenerme.

«*Baby*» abrió los labios y volvió a cerrarlos. ¿Poca cosa? Al ver que un hombre de la inteligencia de su patrón apostaba treinta mil, ella sacó sus ahorros que destinaba a la compra de un «renard», y si Kid Ray hubiese aparecido llevando una ametralladora, habríase sentido satisfecha.

«Grumpy», más difícil de entusiasmar, había apostado solamente diez dolares, que daba por triplicados.

«¡Diablos!», meditó «*Baby*». «Treinta mil dolares al tres por siete, son setenta mil... Mi cariño va camino de entrar en el libro de los Gordos, algunas líneas más abajo de Rockefeller y Pierpont Morgan».

El enamoramiento de «*Baby*» era un hecho que sólo ella conocía... aunque a veces sentíase molesta bajo la penetrante mirada cariñosa de su tía.

Despedidos con silbatos, los dos pesos ligeros abandonaron el *ring* después de la decisión que el público neoyorquino estima detestable: combate nulo.

Saltó al *ring* un diminuto y obeso individuo vestido de *smoking*. Movíase con paradójica ligereza, y su rostro de bebé carnoso arrugábase en mil muecas al empezar a gritar, asido de la varilla del micrófono:

—¡Buenas, buenísimas noches, señoras, caballeros! ¡Habla Ted «Babyface»! ¡Saludos conmovidos a la afición que a todos nos reúne para ver la sensacional lucha! Va a dilucidarse la controversia, y de aquí saldrá en pie el contrincante del campeón. Ambos hombres, que pronto voy a presentarles, darán su máximo rendimiento, y asistiremos a un combate que nuestros nietos oirán con emoción. ¡Ah, ah, ah! Ahí viene el hombre de la cabellera indesrizable, el científico pecador... ¡Hablo de Kid Ray! ¡Kid Ray saluda al distinguido!

El rubio atleta dio varias vueltas sobre sí mismo, manteniendo

en alto sus manos vendadas y entrelazadas. Vestía un discreto albornoz azul de solapas rojas.

Aplausos comedidos acogieron su presentación. Era la ovación del público de *smoking*.

—¡Atención, atención! ¡Se acerca el quebrantahuesos, el demoledor, la mole de ébano dinamitada! ¡Hablo de Champ

O'Shea

! ¡Champ

O'Shea

saluda al distinguido!

Pareció, repentinamente, que el «Prize Chambers» se derrumbaba. En las graderías estalló una tormenta de silbidos, aplausos, gritos...

El negro, de rostro bestial, eternamente serio, acercóse pausadamente a Kid Ray, cuyas manos tocó levemente. Kid Ray sonrió amablemente. Champ

O'Shea

le volvió la espalda casi con desprecio y se dirigió a su rincón.

Ambos se quitaron el albornoz. Un chillón color violeta y amarillo a listas era la prenda elegida por Champ

O'Shea

—Brutalidad tosca en uno, elegancia sonriente en el otro — comentó Lord King—. No cabe duda sobre quién ha de vencer.

—¡Ojalá, que...! —empezó a decir «*Baby*»; pero se calló, y cuando Kid Ray, sentado en su taburete y abandonando sus manos a Clifford Martin, ladeó la cabeza apoyada en las cuerdas para mirarla, ella sonrió.

Apostaba ciento diez dolares... Kid Ray la miró con indiferencia, pero de pronto entrecerró las pestañas para ver mejor. Sonrió con amplitud y su guiño fue descarado... tan descarado como el que le devolvió «*Baby*». ¡Todo por los ciento diez dolares!

—¡Atención, atención! —vociferó Ted «Babyface», que, más que enlazar los brazos de los dos boxeadores colocados a sus costados, parecía suspenderse de ellos—. A mi izquierda, Kid Ray, 73 kgs. A mi derecha, Champ

O'Shea

, 74 kgs. 700. Combate a quince *rounds* de dos minutos. ¡Un, buen

apretón de manos, gladiadores!

Champ

O'Shea

tendió la diestra sin mirar a su contrincante. Kid Ray la estrechó cordialmente.

—Lo siento, ciudadano —murmuró—. Si vas en camilla, pídele cuentas a Johnny Ryan.

El negro se fue pausadamente a su rincón, introdujo los pies en la cubetilla de talco, y mientras se frotaba las suelas contra la lona, atendió las últimas explicaciones técnicas de Pancho Jiménez:

—No desencadenes. Le gusta la contra. Dale sólo tientos largos y no hagas caso de la gradería. Pega largo y no lo dejes entrar en «clinch».

—¡Segundos fuera! —gritó en el micrófono instalado en la base del *ring* el locutor—. ¡Segundos fuera!

«*Baby*» examinó las amplias espaldas elásticas y las secas caderas de Kid Ray. Le gustó el aire del canadiense, tranquilo y seguro de sí mismo. Pero le impresionaba el voluminoso torso negro y aquella máscara achatada de feroz bestialidad. La campanilla repiqueteó aguda, y cortésmente, Kid Ray avanzó saltarín dando un empujón con sus guantes a los de Champ

O'Shea

Un brusco silencio había invadido la sala... Empleando su característica táctica, el canadiense aplicó sus dos guantes contra sus muslos. No tenía guardia.

En cambio. Champ

O'Shea

avanzó como un pulpo negro tras la coraza de sus tentáculos doblados sobre el pecho. Un brazo de ébano distendióse y Kid Ray levantó su diestra. ¡*Floc!* ¡*Floc!* Los dos golpes y su chasquido sonaron como el principio de una serie de estampidos en un festival de fuegos de artificio.

Porque Kid Ray, abandonando su eterna esgrima a la contra, lanzábase al ataque. Un ataque repentino, como si en vez de ser un veterano del *ring* fuese aun el principiante deseoso de fama y aplausos.

Pero su experiencia percibíase en la forma de combatir.

Martilleaba todos los lugares descubiertos en la mole negra, pero no lo hacía ciegamente y con confianza.

Sabía alternar la esquivas y el bloqueo abriendo los guantes con pericia. El primer *round* terminó en un intercambio rápido de golpes...

—Quiere ganar pronto —comentó Angus Barryth—. Tiene los resortes bien engrasados, y le viene corta la media hora. Está preparado para un combate de veinte *rounds*, pitando sin cesar.

Dafne Barryth bostezó delicadamente. Sonrió a Lord King.

—Desde que mi hermano se ha sentido organizador de carnicerías humanas, emplea un léxico de fogonero.

El segundo y tercer *round* marcaron una neta superioridad de Kid Ray, que esquivaba fácilmente las acometidas del negro, quien iba aumentando su agresividad.

En el cuarto *round*, «*Baby*» aplaudió frenéticamente. Un seco «uppercut» de izquierda acababa de tumbar a Champ O'Shea

, que apoyó los dos guantes en el suelo, mientras oía tranquilamente la cuenta.

—¡Toma resina! —gritó «*Baby*». Enrojeció de pronto, al verse observada críticamente por los risueños ojos azules de Lord King.

Champ

O'Shea

se levantó y cargó como un toro contra el canadiense. Kid Ray, acorralado en un rincón del *ring*, fue prodigando la agilidad de su cintura para defenderse del ataque. Ladeóse y su codo derecho subió por dos veces...

Champ

O'Shea

volvió a caer de nuevo...

—¡Cinco!... ¡Seis!... —Fue contando el árbitro.

—¡Siete!... —Rezó fervientemente «*Baby*»—. ¡Ocho!... ¡Maldito gong!

Pancho Jiménez derramó el contenido de la botella en la nuca del negro. Su mueca era siniestra.

—¡Torpe, animal! ¡Le estás entrando en su terreno! ¡Sepáralo y no intercambies cuerpo a cuerpo! ¡Media distancia! ¡Media distancia! —Y el mejicano hízose meloso—: Es tuyo, amiguete, si

mides la distancia. Túmbalo, y todo Harlem te llevará en hombros. ¿No los oyes? La raza negra confía en ti. No quieras que los «güeros gringos» se rían de ti, porque ¡volverás a cargar fardos en el muelle!

Kid Ray, extendidas las piernas, sonrió a «Baby». Ésta le guiñó precipitadamente, con alborozo. ¡Aquello era un hombre cabal!

El quinto *round* fue un compás de tregua. Kid Ray seguía llevando la iniciativa, pero el negro, receloso, asestaba tan sólo largos golpes en directo.

En el sexto *round*, la gradería convirtiéndose en un redoblar de truenos y granizo. Los pies de los negros batían el suelo con fervor.

Champ

O'Shea

, feroz, sañudo, contraído el rostro en un rictus bestial de gorila sádico, martilleaba velozmente los flancos y el estómago de Kid Ray.

El canadiense, doblado hacia adelante, mostraba una angustia extraña en el semblante. Intentó reaccionar... Dos puñetazos de explosiva contundencia le alcanzaron en plena barbilla. Cayó de bruces...

—¡Diablos! —musitó «Baby», agarrándose al brazo de «Grumpy». ¡Se está comiendo toda la resina... y mis dolares!

Kid Ray, al oír la cifra nueve, saltó en pie, esquivando el gancho del negro. Pero un feroz impacto en la sien volvió a derribarlo...

Y no se pudo oír la voz de Ted «Babyface», anunciando el «K. O.» de Kid Ray, porque el público negro aullaba como una jauría de perros azuzados.

Lord King contempló cómo se llevaban a Kid Ray inconsciente.

—Buen combate. La reacción de Champ ha sido de categoría. Le felicito, Barryth.

Dafne Barryth se hizo prometer que el lunes acudiría Lord King a cenar, y los dos hermanos se fueron. «Baby» seguía sentada, derrumbada.

Lord King pasó una mano amistosa por sus cabellos.

—Buen combate, ¿verdad, muñeca?

—¡Mal rayo parta a...!

—¡Ttt! ¡Ttt! —King chasqueó la lengua contra el paladar—. En ese mundo nada nos tiene que extrañar ni sobresaltar.

Pero se sobresaltó al oír la voz mesurada de «Grumpy»:

—Pagaría cien dolares por un guante de Champ
O'Shea

—¡Cien dolares! —Y «*Baby*» contempló a su tía con estupefacción, que la hizo olvidar su reciente cólera y desesperación —. ¿Son de platino o eres una loca coleccionadora de repugnancias?

Lord King conocía la sensatez de la que no hablaba más que en contadas ocasiones.

—Aclara, «Grumpy». ¿Qué quieres decir?

—En el descanso entre el quinto y el sexto tiempo, Pancho Jiménez acariciaba cariñosamente los guantes del negro. Y sonreía como un chacal cuando sonó el *gong*...

«*Baby*» levantóse como un resorte distendido.

—Aguárdeme. Si no cazo un guante, llamadme inválida y fétida.

Desapareció corriendo hacia el pasillo de vestuarios. Lord King se encogió de hombros, y asiendo el brazo de «Grumpy», fue abriéndose paso hasta que llegaron al exterior.

—Quizás debimos acompañarla, señor. Es muy impulsiva.

—Pero es inteligente... y ha perdido ciento diez dolares; y tú, diez.

—La tresmilésima parte, señor —dijo suavemente «Grumpy»—, de lo que usted ha perdido. Deseo que «*Baby*» consiga la prueba de que Pancho Jiménez no ha jugado limpio.

«*Baby*» se esforzó por abrir una brecha en la muralla de periodistas y admiradores que bloqueaban el acceso a la puerta del camerino de Champ

O'Shea

Era imposible, y dio un rodeo. Se coló en el guardarropía...

—¡Prensa! ¡Prensa! —Fue diciendo hoscamente a cuántos querían oponerse a su paso.

Hallóse en una salita maloliente a sudores y trementina. La mesa de masajes la orientó en la obscuridad. Oyó en el cuarto vecino la carcajada de Pancho Jiménez...

Abrióse la puerta destellando luces... Un albornoz y unas zapatillas lanzadas descuidadamente fueron a enrollarse alrededor del rostro de «*Baby*».

«¡Diablos! ¿Besos de resina a mí?».

Apartó asqueada la sudorosa prenda. La puerta, de nuevo cerrada, inundó de oscuridad la salita.

«*Baby*» aguardaba ansiosamente otro lanzamiento. Volvióse a abrir la puerta y una sombra oscura cruzó el aire.

Agachada tras la mesa, «*Baby*» rebuscó con la mano por el suelo de madera.

Dio un respingo al tropezar con el contorno liso de un zapato masculino. Incorporóse...

En, su nuca sintió una masa carnosa que parecía empujarla hacia un abismo sin fondo. Abrió los brazos y cayó de bruces, los labios contra la resinosa madera, sin sentido.

CAPÍTULO III

Dos en compañía

Peggy Blunt pasó angustiada su brazo bajo el pecho de Don Taylor y consiguió con esfuerzo adosarlo contra el tabique. Una densa palidez cubría los rasgos atormentados del «hombre del viernes».

Logró mantenerle como si estuviera sentado y bajó sobre su frente el fieltro azul. Llamó el timbre, y a la entrada del camarero sonrió con lastimero esfuerzo:

—Mi amigó ha bebido en exceso. ¿Puede traerme un revulsivo?

El camarero adoptó un aspecto de técnico.

—Un café sin azúcar con *brandy*, y su amigo podrá bailar el resto de la noche, señorita.

Trajo el brebaje y volvió a salir, corriendo discretamente las cortinas.

Peggy Blunt miró por unos instantes al hombre sin sentido. Obscuramente, su impulso de muchacha honesta, de vida hasta entonces sin complicaciones, le hizo levantarse dispuesta a marcharse y abandonar al «hombre del viernes».

Pero, también obscuramente, una fuerza irresistible la hizo inclinarse sobre Don Taylor, y con la ayuda de una cucharilla entreabrió los labios prietamente cerrados. Vertió el café y el *coñac* lentamente.

Pasaron unos segundos, y Don Taylor pestañeó. Abrió los pesados párpados mirando a su alrededor con extrañeza. La diáfana luz verde de los ojos de Peggy Blunt le contemplaban. Ella guardó silencio.

—Café y *coñac* —paladeó Don Taylor hablando tartajosamente

—. Vete, muchacha. Gracias de todas maneras... pero debes irte.

—Está usted enfermo, Don Taylor. Tengo que acompañarle a su casa.

—¿Mi casa? Una habitación fría alquilada en un hotel... Vete, Peggy. Sigue siendo una bonita manicura...

—¿Por qué quiere ahora perderme de vista, Taylor?

—Hay miedo en tus ojos. Hay tanta ternura en tu mirada, en tus sonrisas, en toda tu personilla pulcra, preciosa y aniñada, que no puedo cometer el crimen de hablarte de ansiedades. Las mordeduras de mis inquietudes no pueden desviar tu camino recto.

—Es usted complicarlo, Taylor. Está herirlo...

Llevóse él inconscientemente la mano al hombro herido. Ella apartó con dulce firmeza la diestra masculina, y entreabrió la gabardina y la americana. Apareció la costosa camisa de seda empapada en sangre y pegada a la clavícula...

—Le acompañaré a su hotel, Taylor. Por el camino adquiriré en una droguería lo necesario.

Don Taylor intentó denegar con la cabeza. El gesto le hizo cerrar los ojos.

—¿Por qué tienes que ayudarme, Peggy? Puedo yo ser un...

—¿Por qué —interrumpió ella— vino a buscarme, si estaba usted herirlo?

—No puedo explicarlo; es irrazonable. Tengo la íntima convicción que en ti hubiera hallado mi mujer. Significas el compendio de la feminidad. Mientras pulías mis uñas, me sentía absurdamente feliz junto a ti.

—Está herido, Don. Vámonos.

Levantóse ella y tendió sus hombros. Pesadamente, Don Taylor la enlazó, apoyándose en ella, y semejó un hombre bebido que se dirigía al confortable transporte de un *taxi* en busca de una locomoción que sus piernas le negaban.

Siguió apoyado contra ella, hasta que Peggy ordenó al chofer que se detuviera ante una farmacia. Regresó poco después con un voluminoso paquete.

Don Taylor volvió a acurrucarse contra ella, apoyando su cabeza febril contra el redondo hombro femenino.

—Quizás... por tu mirada tímida, tierna y buena; quizás por la sonrisa melancólica que posas en los hombres y en las cosas... Por

eso te amo... ¿Loco?

—Fiebre, Don Taylor. Guarde silencio.

—¿No quieres oírme? —preguntó él, ceñudo.

—Cuando la fiebre haya desaparecido, repítamelo... Le escucharé.

Don Taylor, tendido en la cama de la habitación que ocupaba en el hotel, fue mirando a Peggy Blunt, que serenamente iba desenvolviendo el paquete adquirido en la farmacia.

Extrajo algodón, gasas, un fraseo de yodo y otro de alcohol. Colocó unas pinzas largas y un bisturí encima de un rollo de algodón.

—Piensas en todo, Peggy —intentó sonreír Don Taylor procurando no perder el sentido, aunque sentía vahídos en su cerebro—. ¿Por qué me ayudas? ¿Por qué no me denuncias a la policía? He robado...

—Tus ojos siempre parecían incapaces de demostrar pasión, ni interés, ni entusiasmo. Ahora... desde esta tarde han cambiado. Por eso, por eso te ayudo, porque me miras como deseaba que me mirases.

Con gestos metódicos de cirujana, rasgó la camisa sangrienta, y con dos pelotones de algodón fue apretando los bordes de la negra herida. Restañó con gasas empapadas en yodo...

Pasó la yema de sus dedos por encima de las gasas...

—La bala te atravesó el omoplato y está incrustada en un músculo pectoral. Tendré que cortar, Don. Hay que extraerla.

Rió él con muda alegría. Como hacía años no había reído.

—Blanca Nieves tenía tu seriedad cuando hablaba a los enanos, Peggy. Corta, hinca... Quítame un pasado de neurasténica indiferencia.

Media hora después, Peggy Blunt depositaba sobre un algodón un pequeño trozo de plomo negro surcado por estrías rojizas de carne.

Don Taylor dormía agotado por la cura, experta pero dolorosa. Ella sentóse junto a la cama. Meditaba en sus padres, que vivían confiando en ella, lejos de Nueva York. El «hombre del viernes» era un pistolero.

Volvió a levantarse dispuesta a irse, y marcharse de Nueva York para siempre... Para no sucumbir a la muda súplica de los hundidos

ojos desesperados de Don Taylor.

En sueños, el herido gimió... Ella volvió a sentarse y murmuró con sencillez:

—Me necesitas, Don Taylor.

A las seis de la mañana. Don Taylor se despertó. Peggy Blunt erguida, sentada, le miraba con fijeza dolorosa.

—Perdóname, Peggy —y cogió una mano de ella—. Perdóname por haberme entrometido en tu vida. Yo sé que me harías feliz. ¿Quieres casarte conmigo?

Rió ella suavemente, contenta y furiosa contra sí misma.

—No quiero estar toda la vida extrayendo balas de tu cuerpo, Don.

—Se acabó mi vida sin rumbo, cariño. Siempre fui rebelde a un trabajo ordenado. Parecíame que me esclavizaba. Lo he probado todo, sin arraigarme en nada. Por ti, contigo junto a mí, la plaza de barrendero me parece buena. Pero... ¡soy rico! ¡Somos ricos, Peggy! Viviremos para amarnos...

Ella señaló la americana colgada de un perchero.

—Pesa mucho, Don. Es lastre de tu vida. Tengo que comprarte otra americana. Hay sangre en ésta.

—¡No he matado a nadie, Peggy! Créeme; he robado, pero nunca más reincidiré. Mira —y señaló él también la americana—; en los bolsillos hay estuches. Traémoslos.

Poco después quedaban tendidas sobre la colcha joyas restallantes de luz, collares de perlas, broches de gemas valiosas...

—Nos iremos a Europa, Peggy. Tenemos un caudal.

—¿Cómo las conseguiste?

—Me bastó un golpe en la cabeza de un chofer, que me describirá; pero aguardaremos unos días y huiremos... ¿Te casarás conmigo?

Ella recogió todas las joyas, que volvió a colocar en sus estuches.

—Siento que te he de querer, Don. Seré tu esposa si devuelves estas joyas.

—Es una fortuna, Peggy —y, de pronto, Taylor tendió el oído—. Están voceando el *Herald*. ¿Quieres traerme uno? Aunque de incógnito, aparezco hoy en la edición de la mañana. Celebridad.

Peggy Blunt regresó minutos después y alargó un periódico aun húmedo de tinta recién impresa.

Don Taylor lo desdobló sin impaciencia. Fue leyendo, y, de pronto, lo arrugó violentamente. Sus hundidos ojos destellaron más desesperación que nunca, y gritó salvajemente:

—¡Fuera! ¡Vete! ¿Me oyes? ¡Lárgate y denúnciame!

Ella cruzó sus dos manos en el regazo. Quizás lo quería porque era un hombre desconcertante...

—¿Por qué me hablas así, Don? Yo no...

Don Taylor se incorporó febrilmente y sacó de su americana la automática que encañonó hacia la mujer sentada. Habló roncamente:

—Contaré hasta cinco, Peggy... Después dispararé, si no te has ido. Me costaría hacerme a la idea de que otro que no sabrá apreciarte se casará contigo. ¡Uno!... Maté al chofer... ¡Dos!... Esas joyas son de imitación... ¡Tres!... La cartera de Barryth sólo contiene doscientos dolares en muchos billetes de a cinco... ¡Cuatro! ¡Vete, por el infierno!...

—No seas niño, Don. Puedo casarme con un hombre arrepentido que mató por accidente... Puedo y quiero casarme contigo porque te salvaré de ti mismo...

La automática cayó al suelo, y Don Taylor, bruscamente, se echó en la cama, volviendo la espalda a Peggy Blunt, que recogió el periódico y empezó a leer:

«ASESINATO DEL CHOFER DE LOS BARRYTH»

«ROBO DE JOYAS PERTENECIENTES A MISS DAFNE BARRYTH»

«El criminal atracador huye, pese a la cívica y valiente actitud del portero de los, Barryth.

»Alrededor de las diez y media de la noche, un desconocido entabló conversación con el chofer de los Barryth, que esperaba en el parque del "Hooligan" a que sus dueños salieran para dirigirse al «Prize». La obscuridad no permitió a los testigos lejanos comprobar la identidad del que poco después desnucaba a James Terence de un culetazo en la base del cráneo, raptando audazmente el «DeSoto» de los Barryth, que él mismo condujo hasta el garaje de la casa Barryth.

«Elmer Caddogan, el portero de noche, abrió la puerta del garaje, y como ha manifestado, tan sólo vio la silueta de la guerrera y la gorra que creyó lógicamente vestía el propio James Terence. Dejó al cuidado del chofer el cerrar de nuevo la puerta.

»Avisado el señor Barryth de la desaparición de su coche, telefoneó a su casa. La servidumbre, alarmada, fue en busca de James Terence. Lo encontraron amordazado y maniatado a la varilla del volante, muerto. El culatazo le había producido instantáneamente la muerte.

«Elmer Caddogan vio salir corriendo del garaje a un individuo alto, de traje gris y sombrero azul. Disparó contra él, y asegura haberlo alcanzado malhiriéndolo, porque lo vio tambalearse.

»Fue inútil la valiente persecución de Elmer Caddogan que, exponiendo su vida, no vaciló por civismo en lanzarse en pos del asesino.

«Acudió la policía y, tras los registros, comprobaron el robo de una cartera perteneciente al señor Angus Barryth y los estuches de joyas que Miss Dafne Barryth conservaba en los cajones de su tocador.

»Los hermanos Barryth han manifestado su profundo sentimiento por la muerte del servicial James Terence. La cartera contenía un billete de cien dolares y una cantidad igual, aproximadamente, en billetes de a cinco.

«Miss Dafne Barryth ha declarado que lamentaba la muerte de James Terence. También ha manifestado que las joyas robadas no eran más que las imitaciones de las que usualmente lleva o guarda en el seguro cofre fuerte del despacho de su hermano, que estaba intacto.

»Las joyas de imitación están valoradas en un millar de dolares, pero no tienen venta, por ser una pieza de delación importante.

«La policía efectúa activas pesquisas, y pronto será detenido el asesino de James Terence».

Peggy Blunt extendió en el suelo las grandes hojas del periódico. Fue colocando en ellas la americana manchada, los estuches y la cartera. Depositó también la automática, y formó con todo un apretado paquete. Rodeó de algodones la camisa manchada, envolviendo el bisturí y las pinzas. Los dos paquetes bajo el brazo, la hicieron aún más diminuta.

Don Taylor dirigió hacia ella la renovada indiferencia de sus ojos sombríos.

—Adiós, Peggy... Pero ¿dónde vas con esos paquetes?

—Volveré pronto Don. Aguárdame... y procura dormir.

A solas, Don Taylor cerró los párpados, y mordióse los labios hasta hacérselos sangrar. La herida tuvo piedad de él y le concedió sueño.

Un leve rumor le despertó. Peggy Blunt extendía sobre la colcha una camisa marrón de popelín, una americana gris de deporte, y un sombrero de fieltro marrón. Llevaba un termo y un paquetito cuadrado que olía a jamón y queso.

—He telefoneado a los Baños, para que busquen otra manicura —dijo con sencillez—. ¿Qué te apetece más? ¿Un sorbo de café con leche o un emparedado de queso para empezar?

Don Taylor apoyóse la mano en la garganta como si quisiera deshacer un nudo que en ella sentía. Cerró los párpados porque sabía que en sus ojos brillaba una repentina humedad...

—Bebe tú primero, cirujana. El sabor del café con leche me agradará más si me lo sirves en el mismo vaso en que bebas. Soy un asesino romántico, ¿no?

—No hables de ello, Don. Tú no quisiste matar. Es inmoral lo que voy a decirte... Ladrón o no, te quiero, porque sé que haré de ti otro hombre. Si hubieras hallado una compañía antes de ahora... En fin, hasta las siete de la tarde está abierta la sala del juez de paz que expende licencias matrimoniales.

Don Taylor abrió los ojos mientras ella tendía el tapón-vaso del termo, que humeaba. Bebió lentamente.

—El secreto de la vida: dos en compañía. Dos en uno, Peggy. Pero no puedo, no quiero aceptar tu sacrificio.

Ella sentóse junto a él, y cogió su diestra.

—Ninguna mujer se sacrifica nunca, Don. ¿Crees que rompería yo con mi costumbre de vivir, si no te quisiera? Te quiero tan

irrazonablemente como tú dices querer. Creo haber leído que esto es amor. Y... también he leído que los policías, después de un... accidente, recorren todos los lugares donde alquilan, habitaciones discretas, buscando a un hombre herido. ¿Puedes vestirte? Dirás al gerente del hotel que vas a casarte. Eres un hombre feliz y no estás herido...

Él la miró con admiración, casi con recelo.

—¡Peggy! Antes de ser manicura, ¿ayudabas a Dillinger, Al Capone y Jack Diamond a huir?

—Si les hubiese querido, sí, lo hubiera hecho. Pero hasta hoy me contenté con leer, pulir uñas, ir al cine y esperar..., esperar a Don Taylor.

Don Taylor se levantó y enlazó por la cintura a la manicura. No hubo fiebre en el beso casi fraterno que aplicó en su mejilla, y la mantuvo así abrazada, mientras hablaba suavemente:

—Buscaré trabajo, esposa mía... ¿Esposa mía? Me reía antes cuando en el cine o en el teatro oía esta frase... y ahora siento ganas de llorar... porque tú lo eres todo para mí, Peggy. Mi vida tiene ya un rumbo: trabajar para ti. Buscaré un empleo; conservo aún referencias de mis distintos trabajos de antes. Oficinista, corresponsal, traductor... —Su voz enronqueció levemente—... chofer...

Ella se desasíó con pesar. Tenían que irse. Le ayudó a colocarse la camisa y la americana. Ella mismaladeó el fieltro.

—Adiós al pasado, Don. Mira —y en la diminuta palma enseñó un pedrusco negro—; es la bala... La conservaré como amuleto-conciencia.

El gerente miró con antipatía a su huésped «Taylor, el orgulloso del 17», y sintióse asombrado. Nunca había visto sonreír a Don Taylor... Tosió discretamente; había comprendido, al examinar la preciosa figura femenina enlazada al brazo de «Taylor, cuarto 17».

—Buenos días, gerente. Le presento mi novia. Hemos encontrado Piso y...

—Enhorabuena. Pierdo un cliente regular en el pago, pero celebro que haya un soltero menos. Es usted un hombre de suerte, Taylor. Delicadezas como la que va a ser su esposa, se ven pocas hoy en día.

Por la calle, aspiró Don Taylor el aire de la ciudad. Le parecía

estar en el campo. Una sensación de pureza, que le daba la tibieza del brazo enlazado al suyo.

—¿Qué hiciste con las pruebas del crimen como se dice en las novelas, Peggy?

—Todo en el horno crematorio del matadero de la calle 23. No pienses más en ello. ¿Tienes preferencia por algún juez particular?

* * *

Dos días después, en el piso-miniatura alquilado en el extrarradio de la ciudad, Don Taylor leía afanosamente las columnas de ofertas. Iba marcando con lápiz rojo y una cruz aquellas que le interesaban.

Leía en voz alta a medida que iba marcando. Peggy Blunt en la cocina, daba su opinión...

«—Se necesita hombre para tintorería. Recados. Soltero...».

—¿Has olvidado ya que estás casado conmigo?

«—Hotel primera, precisa camarero experto. Buen sueldo».

—Descuentan del sueldo los platos rotos y tendrías que darle dinero al dueño. Otro.

«—Chofer... chofer primera clase, referencias».

—Si te dejan las noches libres, aun me conformaría, Don.

Ella oyó un gorgoteo de risas pugnando por no ser audibles. Extrañada, quitóse los guantes de goma con los que lavaba la vajilla, y hecha una filigrana de cromo con su delantal inútil, entró en la salita donde su marido leía el periódico.

—¿Hay un buen chiste? Léemelo.

—No era chiste. Recordé de pronto algo gracioso. Volveré a comer, cariño. Voy a visitar a varios anunciantes.

En la calle, Don Taylor volvió a leer: «Chofer primera clase, referencias. Presentarse Angus Barryth, Park Avenue, 746».

* * *

Angus Barryth examinó el atuendo discreto del recién introducido en su salón. Opinó favorablemente de su inspección ocular.

—Le supongo enterado del motivo por el que necesito un chofer. Mataron al mío. Y por ridiculeces supersticiosas, hasta ahora nadie se ha presentado que no fuera inventando pretextos para no ocupar la plaza de James.

—No tengo supersticiones, señor.

—¿Su nombre?

—Don Taylor.

—¿Referencias?

Tendió Taylor varios certificados. Buenos, acreditando su habilidad y seriedad.

—Permaneció poco en sus otras ocupaciones. ¿Por qué?

—No me encontraba a gusto. Pero ahora necesito trabajar, señor. Me he casado anteayer.

—¡Hmmm! ¿Casado? ¿Sabe cocinar su esposa? ¿O servir una mesa?

Irguióse inconscientemente Don Taylor. Pero recordó que lejos de ella volverían a atormentarle inquietudes indefinibles...

—Era manicura. Cocina y es distinguida.

—La esposa de James era la doncella de mi hermana. Regresó a su pueblo. ¿Aceptaría su mujer? ¿Tiene ella buenas referencias?

—Excelentísimas, señor. Aceptará. Porque juntos los dos, trabajaremos a entera satisfacción del señor.

—¿Conoce el «DeSoto Custom»?

—Sí, señor. Lo he conducido una vez... Lo conozco.

—Bien. Regrese con su mujer, y mi hermana les recibirá. Ella es la que ha de contratar o no sus servicios. Buenos días, Taylor.

—A su servicio, señor.

CAPÍTULO IV

El ídolo de Harlem

«*Baby*» se enderezó frotándose vigorosamente la cabeza. Pestañeó en el colmo de los asombros.

—¡Diablos! ¿Un concurso de varones curiosos y partidos por la cintura?

Alrededor de ella, que se encontraba tendida en una mesa de masaje, una docena de periodistas se inclinaban, mirándola. La siniestra mueca de Pancho Jiménez quería ser expresión de un hondo pesar.

—Perdóneme, ricura. A obscuras, creí que se trataba de algún ladrón, y pegué donde pude. Por suerte fue un solo golpe, ya que de pronto me di cuenta de que era usted una mujer.

—¡Vaya! Conque yo era una mujer, ¿eh? —Y «*Baby*» se incorporó del todo, continuando mesándose la coronilla con mimo—. ¿Guarda usted el tesoro de Morgan en ese nauseabundo cuchitril para que tema tanto a los ladrones?

Un periodista rió y habló como árbitro:

—Excuse a Pancho, señorita. Pero es natural que a obscuras y no sabiendo lo que usted buscaba...

—¿Lo que yo buscaba? Un simple autógrafo de Champ..., pero ahora se me han quitado las ganas.

Y «*Baby*» salió con indignada prisa, dando un portazo. Entró en el «*Auburn*» y Lord King pisó el acelerador.

—¿Lo conseguiste, querida? —preguntó «*Grumpy*».

Fueron cinco segundos empleados en cinco sonoros epítetos salvajes. Lord King chasqueó disgustado la lengua contra el paladar.

—... ¡No me mire como una maestra de escuela al réprobo que caza nidos de gorriones, patrón! Conmuévase por mi tragedia. Voy por un guante y recibo un espantoso guantazo en todo lo alto de la calabaza.

Contó enérgicamente su «palpeo» del zapato de Pancho Jiménez y su despertar.

—... hay gato encerrado. ¿Ladrones en un cuarto de masajes? Pancho no tiene la conciencia tranquila, y como lo vea a solas, le rajo el calabacín a taconazos...

En el diván del recibidor, «*Baby*» aceptó agradecida la bolsa de hielo que «Grumpy» le tendió. Aplicósela con deleite a la cabellera.

—Lo cierto es que hemos perdido dinero y hay que recuperarlo, muchachas —comentó Lord King.

—Y con intereses —aprobó vigorosamente «*Baby*»—. Disponga de mí, patrón. ¿A quién tengo que castigar y sonsacar? ¿A quién tengo que espiar?

—De momento, reposa. Estudiaré el asunto. Andar a ciegas, tiene como consecuencia un chichón en lo que tú llamas tu calabaza, y que yo aseguro que es una linda cabecita..., aunque repleta de pájaros.

—No remueva el puñal en la herida, patrón.

Por la tarde siguiente, al oír el timbre, «*Baby*» fue a abrir. Pancho Jiménez, casi oculto tras un monumental ramo de rosas, exhibió su sonrisa que, sin proponérselo, resultaba siniestra.

—¿Qué... tal? —saludó «*Baby*», conteniendo sus vehementes deseos de darle un puntapié.

—A pedirle excusas, ricura. No he podido pegar el ojo en toda la noche con los remordimientos.

—Será por haber tragado demasiado vinazo celebrando el triunfo de Champ. Pero vaya, no soy rencorosa —dijo «*Baby*» mintiendo—. Entre, si se lo permite ese jardín.

—Rosas para la rosa más fragante de Nueva York —ofreció Pancho inclinándose galantemente—. ¿Hacemos las paces, ricura?

—Fumada la pipa de paz, riquísimo. Siéntese. ¿Aviso al patrón de que usted se ha despertado convertido en un marqués español?

—Saludaré al señor King para renovar mi sentimiento por lo de ayer noche.

Lord King ostentó su más vacua sonrisa mundana al oír las

sinceras explosiones del mejicano.

—¿... pegar, a tan linda ricura? ¡Y la pobrecilla que iba por un autógrafo de Champ! No me lo perdonaré nunca.

—Ella comprende ahora que la culpa fue exclusivamente suya.

—Champ está también molesto. Desearía que la señorita aceptase una invitación a cenar. Por dos motivos: como manifestación de pesar y para demostrar que, contrariamente a lo que se piensa, no aborrece a los blancos. Son patrañas de periodistas.

Lord King asintió como si la conversación le aburriera ya.

—Creo que mi secretaria aceptará. Viste mucho el cenar en compañía de todo un futuro campeón. En el próximo combate apostaré por Champ.

El mejicano despidióse, todo empalago y sonrisas. «*Baby*» propinó un feroz puntapié a un inerte cojín.

—¿Vale muy caro el arsénico, patrón? Pienso echarle ciento diez gramos en la sopa a ese...

—Desarrolla tus facultades de observación, muñeca. Hay algo en esta invitación que me huele de un modo extraño. Eres bonita y puedes haber enamorado al mejicano, que presenta al negro como pantalla. Pero vete, y observa.

—Observaré, pero este... grasoso me crispa los nervios como el chirrido de las uñas contra los cristales. Me da dentera como una raja de melón frío... o un alcohol demasiado caliente. Pero oiga, ¿y si son tramposos, como piensa «Grumpy», y han decidido matarme? ¡Diablos!

—Eso lo veremos y sabremos... después.

—¡Diablos!

Eran las siete de la tarde, cuando «*Baby*» fue a abrir de nuevo y retrocedió echando chispas por los ojos. En el umbral, cariacontecido, Kid Ray quitóse el sombrero, mascullando palabras incoherentes.

El canadiense, petulante y siempre seguro de sí mismo, lucía ahora una mirada de perro apaleado, bajo sus cejas cubiertas por trozos de cinta adhesiva.

«*Baby*» le examinó en silencio y él bailoteó tímidamente sobre sus pies. No encontraba palabras para explicar sus motivos por haber venido.

—¿Ha venido para mirarme? Puedo mandarle mi retrato. Los tengo preciosos.

—Me siento humillado, ciudadana. Sé que su jefe ha apostado treinta de los grandes por mí, y que usted también metió baza, y... ¡por los fondos de mis baúles!, lo siento, lo siento de veras, ciudadana.

El buen corazón de «*Baby*» olvidó el «renard» evaporado.

—Vaya, ciudadano Ray. No le dé usted drama a su paliza. Pase, que hoy por lo visto es mi día de recepción a las fuerzas del *ring*.

Kid Ray sentóse melancólicamente en el diván.

—Yo quería ganar, estaba seguro de ganar. No comprendo lo qué pasó. Y... pensaba que usted, luego, aceptaría salir conmigo y echar una tanda de «burguis». Ahora... soy un fracasado.

—Bueno, ¿pero sigue bailando «hot», no? ¡Ah! Patrón, el ciudadano Ray llora a lágrima viva el ser culpable del fallecimiento de treinta mil dolares y...

—No se apure. Kid —y el *Diletante* estrechó cordialmente la mano que él semimedio le tendió con timidez—. No fue culpa suya. Un golpe de suerte del negro.

—¡No! Eso es lo extraño. Verá, hasta el toque del *gong* en el quinto, los golpes de él los encajaba yo perfectamente. Tres semanas sin fumar, sin beber, sin bailar y sin... trasnochar, me habían puesto como una roca y ahora viene lo curioso. En el sexto, los guantes de Champ me hacían efecto de adoquines. Quizá fuera que hasta entonces el *chocolate* se hubiese reservado y sacara la dinamia partir del sexto, pero es raro.

—No tiene nada de anómalo, Kid. Yo boxeé antaño y muchas veces en plena forma recibí un impacto que no asimilé. Después todos, los golpes me hacían también el efecto de adoquines con catapulta. ¿Una copita? Trae la licorera, «*Baby*».

—¿Se llama «*Baby*»? —Y el canadiense rió infantilmente—. Le sienta, le sienta. Bien, señor King, yo recuperaré el terreno perdido y le juro que usted recuperará sus treinta mil.

Kid Ray marchóse encantado de la cortesía del magnífico buen perdedor que era Lord King. Un muchacho ocioso y tonto de la buena sociedad, pero un buen muchacho. Y ella... En plena acera, Kid Ray esbozó un trenzado de «*swing*». Pero de pronto, recordando su reciente «K. O.», perdió la alegría.

—Yo no lo comprendo, patrón. Porque si hubo trampa, usted al decírselo, al ciudadano Ray, habría conseguido que éste acudiese a la Federación y quizás las apuestas las habrían anulado.

—Si a la liebre le envías una carta diciendo que la aguardas con la escopeta preparada, la liebre no se presenta.

—Ya. Y esta noche yo voy a ser la liebre. Por suerte, en el «Hooligan» no admiten a caballeros con escopeta.

Champ

O'Shea

tenía su sempiterno ceño triste de gorila enfurruñado. Vestía un llamativo traje de deporte de cuadros y rayas, y no quiso abandonar su reluciente sombrero hongo en el guardarropa. Lo mantenía sobre sus rodillas. «*Baby*» le miró la corbata y, mientras estrechaba su mano, decreto:

—Todo el arco iris en su corbata, Champ. Me emociona verle. Es usted el nuevo ídolo de Harlem.

—Gracias a mi cuidador Pancho —dijo el negro como si recitara una lección—. La he invitado, señorita, porque el honor de que comparta mi mesa será una lección para esos periodistas que me creen algún salvaje sin cultura. Y también porque ayer noche sufrió usted un susto.

—Claro; para un atleta como usted lo que yo sufrí es un sustillo. Pero no hablemos más de ello. ¡Viva la confraternidad! ¡América, para todos los americanos! ¿Por qué sonrío siempre, amigo Panchito? Me recuerda a un traidor de viejo celuloide que se llamaba Roy

d'Arcy

—Sonrío al ver tanta belleza ante mí.

—Me obligará, entonces, a pasarme la noche sonriendo por la misma causa.

Pancho Jiménez habló durante la cena del «folklore» de su tierra. Llegó a interesar a «*Baby*».

Una voz áspera sonó a espaldas de la muchacha:

—¿Pasándose al enemigo, ciudadana?

Kid Ray miró con animosidad al boxeador negro, que agitó una mano despectivamente:

—Circula, blanco. Nadie te ha llamado.

—América para los americanos, *chocolate*. Me duele que esta niña os haga cucamonas porque tú tuviste la suerte de noquearme.

Pancho Jiménez extendió conciliador ambos brazos.

—Vea, gringo. Esto no es un *ring*, sino una sala elegante. Otro día hablaremos.

—Oiga, «*Baby*». Deje a estos orgullosos y véngase conmigo al «Papagaya». Hay campeonato de «*swing*» y usted se va a llevar el premio conmigo.

—El premio te lo vas a llevar tú si no te vas pronto, blanco —dijo Champ

O'Shea

, depositando cuidadosamente su sombrero hongo encima de la mesa y levantándose.

El intercambio de golpes tuvo la misma rapidez que varios fogonazos de magnesio. Champ

O'Shea

proyectó sus dos puños en traidor «unodós»; Kid Ray imitó el movimiento de un péndulo, y sólo propinó un derechazo en el mentón del negro.

—¡Seis! ¡Siete!... —Fue contando a gritos Kid Ray, sujetado por cuatro robustos camareros que lo arrastraban al exterior.

Champ

O'Shea

, asistido por Pancho Jiménez, removiéndose en su silla, tras secarse el rostro mojado por una toalla empapada en el agua de la cubeta de champaña. Bizqueó atrozmente y la ferocidad de su rostro imprimió escalofríos en la dermis de «*Baby*».

—¡Lo he de matar! ¡Lo he de matar! —musitó Champ
O'Shea

Pancho Jiménez rió sin alegría, con dureza despectiva.

—No haga caso, ricura. Mi muchacho es un bromista. ¡Calla, Champ! Perdiste el *round*, pero ganaste el combate que importaba. ¿Vámonos a otro lugar? Nos van a asediar los periodistas.

Frecuentes aplausos estallaron en Harlem al paso de Champ
O'Shea

. «*Baby*» examinó sin gran entusiasmo la escalera oscura y descendente que conducía a un sótano-bar. Sintió aumentar su

desconfianza cuando entraron en una habitación hermética, sin ventanas.

—Aquí estaremos tranquilos, ricura. ¿Apetece un combinado «Vudú»? Es una bebida negra. Hágalo por nuestro quisquilloso Champ.

Champ

O'Shea

depositó cariñosamente su sombrero hongo en el perchero. Pero no se sentó. Avanzó hacia «Baby», que retrocedió en su silla.

—¿Qué buscabas ayer en mi camerino?

—¡Ey! ¿Qué modales son éstos, «Champú»? Tutearme es una muestra de afecto que te agradezco, pero...

—¡Contesta! ¿Qué husmeabas a oscuras?

Interiormente asustada, «Baby» buscó el apoyo del mejicano, pero este sonreía más siniestro que nunca, encogiéndose de hombros.

—¡Ya lo dije! Soy fetichista ¡diablos! ¿Sabes. «Champú»? De esa cuadrilla que recoge objetos pertenecientes a ídolos... Y tú eras el nuevo ídolo popular.

—¡A otro con el cuento, blanca! Dí la verdad o te machaco los sesos, y vas a salir con los pies por delante.

«Baby» se levantó con dignidad, aunque sus rodillas temblaban.

—Te costará caro, «Champú». Iré a la policía...

—Y a la hora siguiente tu cadáver se hundirá en el Hudson, ricura. Diremos que estabas bebida... Una neurótica que se divirtió bebiendo con exceso en compañía del futuro campeón. Habla. ¿Crees que nos tragamos tu cuento del autógrafo? ¿Buscabas la pluma por el suelo?

La puerta se entreabrió lentamente. *Baby* sólo vio un reverso blanco de capa de *frac*, pero le bastó. Sintióse poseída de la valentía más aguda.

—¿Asustarme a mí? ¡Je, je!... Os voy a decir lo que buscaba. Tus guantes, negro traganíños.

Nunca pensó ella que sus palabras causaran aquel efecto. El negro gruñó como una fiera hambrienta. Pancho Jiménez habló precipitadamente, con desesperación:

—¡Hay que quitarla de en medio, Champ! ¡Dale!

«Baby» corrió despavorida ante las amenazas de ébano. Adosóse

contra la pared, respirando entrecortadamente...

Un bastón negro trazó en el aire dos surcos: el primero se abatió sobre una muñeca de Champ

O'Shea

; el segundo en un hombro de Jiménez. Los dos volviéronse hacia el repentino intruso agresor.

Vieron asombrados a un enmascarado, una figura de maniquí con su sombrero de copa ladeado, su *frac* y su abrigo-capa. El bastón que empuñaba el enmascarado, propinó dos nuevos trallazos...

En la zurda enguantada de blanco del misterioso interventor, aparecía una automática, que encañonaba a los dos estupefactos compinches.

—Quietos como estatuas, rufianes. No sabía que fueseis asesinos. Lo seré si os movéis. Antes de que me preguntéis, como siempre, quién soy yo, os entrego mi tarjeta verbal de visita: «Audax» es mi marchamo. Usted, señorita, venga aquí. Eligió mala compañía. ¿Quieres hablar, Pancho Jiménez?

La bufanda de blanca seda que envolvía la parte inferior del rostro del enmascarado velaba su voz, haciéndola irreconocible. El antifaz tenía en sus orificios dos telillas azules transparentes.

—Esta moza está bebida y nosotros queríamos acompañarla a su casa, pero se resistía. ¿Quién eres tú? ¿Un ladrón? ¿Vienes de un baile de disfraces?

—Si mi bastón y mi pistola son disfraces, buen baile de máscaras podemos organizar. ¡Tú, negro! Vas a escribir de tu puño y letra una declaración confesando el truco que empleaste para derribar a Kid Ray. Y tú, mejicano, firmarás también...

—¡Aguántate quieto, Champ! —gritó Jiménez—. No te entiendo, enmascarado. ¿De qué truco hablas? ¿También tú estás en copas como la moza...?

Un bastonazo imprevisto hizo encogerse al mejicano, alcanzado en el centro del estómago.

—Emplea términos más respetuosos cuando hables de señoritas, grasoso.

—¡Eso es! —aprobó «Baby», parapetada tras «Audax»—. ¡Rómpale el hongo al negro! Quiero verle gemir de pena...

—Siéntate, Champ

O'Shea

—ordenó «Audax»—. Dale tu pluma, Jiménez, y...

Precipitados silbidos rasgaron el silencio exterior. Era el peculiar ronquejido de las sirenas de los coches de patrulla de la policía.

Pancho Jiménez se jugó el todo por el todo. Tiró con fuerza del cable eléctrico que estaba al alcance de su mano, y la habitación quedó a oscuras.

Champ

O'Shea

oyó el crujido, pero se lanzó hacia adelante... Chocó contra la puerta que acababa de cerrarse...

—¡No salgas! Puede disparar... —advirtió Jiménez, que no quería perder su manantial de oro.

Seguían el estrépito de las sirenas y el petardeo de las motocicletas de escolta.

«*Baby*», del brazo de Lord King, más atildado que nunca en su *frac* semicubierto por un abrigo-capa, avanzó hacia el cordón policial.

Con el puño de marfil de su bastón de «teka» irrompible, Lord King tocó indolentemente el borde de su sombrero de copa.

—¿Podemos pasar, policía?

El aludido devolvió el saludo.

—Buenas noches, señorita y señor. No va con gente de su estilo. Hemos acordonado para una redada de vagabundos. Dos o tres veces por mes. Buenas noches.

En el «Auburn», «*Baby*» dióse una palmada en la rodilla.

—¡Qué inoportunos esos pescadores de red! ¡Diablos, pero que oportuno es usted, patrón! Llegó al subir el telón.

—Ha quedado demostrado que emplearon un sucio ardid esos dos. Pero no hemos conseguido la prueba.

—Usted ha sabido hoy seguir, mis pasos, pero y ¿la próxima vez? Si llega usted tarde, tendrá que depositar una dalia en mi cuerpo frío. ¿No dice la poesía: «En el cementerio entré y una dalia colgué, en la tumba yerta y fría de la...»?

Detúvose en seco ruborizada. Lord King, sin darse cuenta, canturreó el final de la poesía:

—«... yerta y fría de la mujer que adoré». No se dará el caso, «*Baby*». Ya no volverás a salir sola con Panchito y su orangután.

«Yerto y frío», meditó «*Baby*» furiosa. «¿La mujer que adoró? Es un egoísta insensible. Sólo se adora a sí mismo. Pero... le quiero a rabiar, ¡diablos! Maneja el bastón como D'Artagnan».

* * *

Pancho Jiménez atravesó el pasillo, después de que Champ O'Shea quedó convencido de que era preferible no advertir a la policía de la presencia por los contornos de un enmascarado.

Entraron en otra habitación. El comedor del domicilio de O'Shea

—Escucha, Champ. Ese «Audax» no nos perjudicará. Debe de querer la declaración para chantajearnos. Le pagaremos hasta que la ocasión nos permita eliminarlo.

—Pero son dos ya que saben —gimió el negro—. Saben...

—¡No saben nada! Sospechan, pero no pueden demostrar que yo mojé tus guantes en el descanso, entre el quinto y el sexto *round*, con la solución líquida de colodio duro. Esta moza debe trabajar en complicidad con el «Audax». Tenemos que visitar al imbécil dé King antes de que la moza hable demasiado. ¿No quieres ser el amo de Harlem? ¿No odias a los güeros gringos? Échale valor al asunto, y vámonos a visitar a Lord King.

Como medida de precaución, Pancho Jiménez telefoneó primero.

—... ¿Aló?... ¿Señor King?... Excúseme. Habla Pancho, Pancho Jiménez. Ocurrió un incidente gracioso y Champ está apesadumbrado. No sabe cómo lograr que todo quede claro. Es muy sensible el pobre... ¿Podemos ir, a visitarle?



—¿Alí?... ¿Señor King?...

—Encantado. Les espero. Mi secretaria acaba de llegar y no sé qué dice. Disparates... Demasiado generoso en el champaña, señor Jiménez.

El mejicano colgó radiante de satisfacción. Miró al negro.

—En el saco. Ya es nuestro. Cree que la moza está ebria.

Lord King, en batín y zapatillas, estrechó ambas manos de Jiménez y O'Shea

. «Baby», tras el diván, les miraba arisca...

—¡Quisieron matarme, patrón! ¡Yo le digo que...!

—Por favor, «Baby». Dejemos hablar a los caballeros. Es seguramente un malentendido...

—Exacto, señor King —aprobó calurosamente el mejicano—. Vea. La señorita estaba... ¿cómo diría?... alegrísima... No quería regresar, y como Champ tiene que acostarse pronto, quise yo acompañarla. Empezó a gritar que si queríamos matarla, ¿se da cuenta? —Y Pancho Jiménez rió divertido.

—¡Mientes, mientes y mientes, diablos! ¡Tu gorila avanzó para

estrangularme porque tú lo ordenaste! ¡Y entonces apareció un enmascarado con pistola, y me liberó!

Pancho Jiménez miró con indulgencia a Lord King sonriente. El *Diletante* hizo el mismo ademán indulgente. Se levantó.

—Vamos, vamos, muñeca. Sólo el champaña hace brotar enmascarados del suelo. No debes ver tantas películas ni leer las aventuras de Raffles y Arsenio Lupin. Vete a acostar... y mañana estarás como nueva.

—¿Me cree curda, eh? ¡Qué ofensa!

Resultaba cómica, y hasta el mismo Champ
O'Shea

distendió el semblante en mueca de alivio. Lord King regresó tras acompañar a «*Baby*» a su habitación.

—Excúsenla, caballeros. No tiene costumbre de beber... No les reprocho a ustedes que galantemente la permitieran abusar del espumoso.

—Nosotros debemos excusarnos, señor King.

Fue un pugilato de mutua cortesía. En la puerta, Champ
O'Shea

recitó el disco dictado por su *manager*:

—Una tarde de estas vendré a buscar a su secretaria, señor King, para que olvidemos ese deplorable incidente.

—De acuerdo. Buenas noches, y repito que la excusen.

En la calle, Pancho Jiménez rió convulsivamente y en silencio.

—¿Has visto qué imbécil es el King ese?

—Sí; pero la blanca tiene que ir a dar con sus huesos al río.

CAPÍTULO V

Los Barryth reciben...

Peggy Blunt oyó la explicación de Don Taylor con progresiva inquietud, que trató de ocultar.

—No te irrites, Don, pero me parece una broma de mal gusto, con ciertos ribetes fúnebres. ¡Ocupar el puesto de James Terence!

—¿No deseas qué yo olvide? No me recuerdes, pues, a James...

—Lo tendrás siempre ante tu memoria si vamos a casa de los Barryth. Y temo... temo que quieras tomarte la revancha de tu desilusión. De la desilusión del hombre que antes robaba.

Él enlazó a su esposa por el tallo, besándola en ambas mejillas.

—Que vuelen de tu cabecita todas las ideas recelosas. Quiero trabajar honradamente, y separado de ti el día entero, viniéndote sólo a ver a partir de medianoche hasta la madrugada, me haría el efecto de que te perdía. ¿Te humilla acaso servirle el desayuno a Dafne?

—Contigo haría lo que fuese. Pero temo...

—Confía en mí como yo confío en ti. Dos en uno, Peggy. Bastará que ahorremos durante un par de años... Y, ¿no ves una granjita a tu medida, cercana a la casona de tus padres? Yo engordaré viendo a nuestros hijos, nacidos en el campo, comer mantequilla nuestra... Vayamos ahora al prosaico deber: vayamos a visitar a *Miss Dafne Barryth*, tu tirana.

* * *

Dafne Barryth hizo el lunes, por la noche, sus últimas

recomendaciones a su nueva doncella.

—Después de la cena, bajará usted el estuche gris que contiene un camafeo. Tengo que mostrárselo al señor King. ¡Ah!, y por cierto, Peggy, diga al chófer que podrá retirarse a las diez, porque el señor King vendrá en su propio coche.

Peggy Blunt tardaba en acostumbrarse a oír llamar a su marido «el chófer» o «Taylor». Pero su mente sonreía pensando en la granja y... en los hijos nacidos en el campo.

Al terminar la cena, fue en busca del estuche conteniendo el camafeo solicitado. Aguardó la llamada de Dafne. Alrededor de la suntuosa y larga mesa, sólo había un invitado: Un guapo individuo de unos treinta años, de rientes ojos azules.

—Éste es el camafeo, King. Puede retirarse, Peggy. Mi hermano estaría muy contento si usted asegurase que es un objeto de pacotilla lo que me ha costado setenta y ocho mil dolares.

Lord King extrajo una pequeña lupa plegable. Angus Barryth apartó su servilleta.

—¿No sería mejor pasar al fumador? Tu prisa de anticuaría está turbando la digestión de King.

En el fumador, Lord King volvió a encerrar el camafeo en su estuche.

—Buena adquisición, Dafne. Un anticuario de Londres pagaría cincuenta mil dolares por esa joya.

Angus Barryth rió con amistosa sorna.

—Pagaste treinta y ocho mil más, hermana.

—Es la sobretasa que los americanos nos vemos obligados a desembolsar si queremos obtener lo que se disputan los europeos, más pobres, aunque de muy buen gusto. La felicito, Dafne. Desde el punto de vista artístico, tiene más valor este camafeo que un collar de Cartier.

Fue tan sólo media hora después cuando Angus Barryth dejó caer la ceniza de su cigarro habano sobre su chaleco al oír la última frase que en tono negligente había pronunciado Lord King:

—... y abundan en los negocios de antigüedades las trampas. Como también en los combates de boxeo.

—Disiento, King —rebatíó Barryth—. En ciencia tan difícil como lo es coleccionar manoseadas preesas de otros siglos, existirá cierta dificultad en evitar los fraudes. Los evita un experto como usted.

Pero en el boxeo todas las trampas son descubiertas.

Dafne se levantó, tendiendo su mano a Lord King.

—Voy a acostarme. Mi hermano ya está lanzado en su manía, y a mí no me gusta el boxeo. Buenas noches.

Apenas se hubo ido su hermana, Barryth insistió:

—Observo cierta sonrisa escéptica en sus labios, King. Créame, en los pretendidos chanchullos del *ring* hay más de exageración que de realidad. ¿Pierde el favorito? Trampa. ¿Pierde el *challenger*? Trampa. Examinemos por ejemplo el combate

Ray-O'Shea

. Tenía que ganar Champ según el público de las graderías. Según nosotros era Kid Ray el indiscutible. Ganó el mejor.

Los rientes ojos azules de Lord King observaban indolentemente a su contertulio, pero, pese a la apariencia, el *Diletante* estaba atentó a la menor señal o nota falsa que psicológicamente hallase resonancia en su mental receptor de sospechas.

—Ganó el mejor, Barryth. Pero verá: a veces me aburro y soy propenso a fraguar intrigas donde no las hay. Supóngase un hombre con un motivo de odio racial; supóngase que una inteligencia rectora le guíe. Le induce a apartar todo escrúpulo. La única meta es ser campeón, y entonces seguir amontonando dolares sin escrúpulos, a la sombra de un título que se defenderá con los guantes y con trampas. Un negocio muy productivo.

Angus Barryth encendió otro cigarro, riendo.

—Novela, pura novela, King. Siga con sus antigüedades. Mientras existan Federaciones y promotores honrados, cualquier trampa será severamente castigada. ¿Eh? —Y de pronto dejó de chupetear su puro—. ¿Odio racial? ¡Usted aludía a Champ

O'Shea

! Los periódicos le hicieron una campaña adversa porque el pobre muchacho, seguramente bebido, dijo una vez que exterminar la raza blanca era cosa de años. ¿Hubo trampa en el combate

Ray-O'Shea

?

—Aludí al negro, porque citó usted ese combate. Pero dígame, Barryth: ¿observó usted la ranura marfileña que rodeaba la efigie grabada en el camafeo? Tenía la orfebrería exacta de la fórmula Vignet. ¿No la vio? Demostraba que el camafeo no ere una

imitación.

—No entiendo de eso. Pero usted la vio. Basta, pues, con su aserto.

—Yo tampoco entiendo de interioridades de *ring*. Si un promotor como usted no vio trampa en el Ray-O'Shea

es que no la hubo. Por eso cité tan a destiempo el camafeo. Para comparar nuestras respectivas competencias. ¿Cuándo montara usted el campeonato? Va a ser un éxito de taquilla el Johnny Ryan-Champ

O'Shea

. En el nuevo ídolo de Harlem, bien administrado, ha encontrado usted la proverbial gallina de los huevos de oro.

Angus Barryth se extendió en consideraciones deportivas y financieras. A las once despidió afectuosamente a Lord King.

* * *

Tres noches después. Dafne Barryth dormía apaciblemente, envuelto el rostro en su mascarilla de barro, ocultos los cabellos bajo un lienzo, y hundidas sus manos en guantes especiales.

La sombra que la estaba observando desde la ventana, podía imaginarse ante la estatua de una momia egipcia tendida.

La sombra avanzó en la obscuridad. Bajo el sobaco del *frac* llevaba un bastón cuya contera dirigía hacia adelante. En la mano izquierda sostenía una masa blanca, en la que vertió rápidamente unas gotas de un frasquito.

Cuando Dafne Barryth despertó, sintiendo contra su boca una presión sofocante, era tarde. El éter actuaba intensamente, y el enmascarado dejó junto a la almohada la ya inútil masa algodonosa empapada en el soporífero.

Aquella noche, Dafne Barryth había asistido a un baile en una casa de amigos; baile que se prolongó hasta tarde, y en el que Dafne Barryth lució sus más selectas joyas.

Por lo avanzado de la hora del regreso, limitóse a dejar anillos, brazaletes, collar y broche en los cajones de su coqueta, procediendo rápidamente a su maquillaje nocturno.

La destreza con que embadurnaba su rostro fue presenciada por

la sombra que desde la ventana aguardó a que el sueño se apoderara de Dafne Barryth.

Y el enmascarado dirigióse rectamente a los cajones de la coqueta. Recogió todas las joyas, que hundió en un bolsillo de su capa-abrigo. Encima de una mesita, un paquete rectangular de naipes demostraba la afición de Dafne Barryth por los solitarios.

Los dedos enguantados del enmascarado fueron doblando uno tras otro varios naipes. Formaban a modo de pequeñas tiendas de campaña, alineados en distintas figuras, que no obedecían a capricho absurdo.

Sobre la mesita el conjunto de naipes doblados a lo largo construían una palabra:

«AUDAX»

* * *

Angus Barryth despertóse con una sensación de opresión. Tanteó con la mano hasta hallar el botón de la luz, que encendió.

Sentado en la cama, examinó toda la vasta alcoba, mueble por mueble. Tranquilizado a medias, murmuró:

—Soñaría... Hubiese jurarlo que alguien respiraba cerca de mí...

Iba a apagar de nuevo, cuando, conteniendo la respiración, que bruscamente se le entrecortó, vio asomar, a los pies de su cama el tubo negro de una automática, apuntándole.

Una voz ronca exigió:

—¡Silencio!

Y el individuo oculto hasta entonces a los pies de la cama se enderezó. Vestía una gabardina de solapas levantadas. No llevaba sombrero... y Angus Barryth reprimió un leve quejido de miedo. No por la amenazadora automática, sino porque el intruso no tenía rostro...

Fijóse más y comprendió que era una funda de materia plástica la que envolvía por completo la cabeza del que ahora, dando un rodeo, colocábase junto a él, manteniéndolo bajo el negro orificio del arma.

La materia plástica de color amarillo envolvía un rostro irreconocible. Los ojos miraban a través de unas estrechas rendijas,

que parecían grietas orientales y diabólicas.

—No... tengo dinero encima... —balbuceó Angus Barryth.

—No quiero tu dinero —la voz sonaba apagada pero se dejaba entender perfectamente—. El jueves próximo se efectuará el pesaje de Johnny Ryan y Champ

O'Shea

. Quiero que gane el negro. Tú, como promotor, invitarás al día siguiente al campeón, horas antes del combate. Aquí, en tu casa. Brindarás por su triunfo. Lo mismo que hiciste con Kid Ray, según relató la prensa. En lo que beba Ryan verterás la dosis adecuada de «Creysethyl». Cinco gotas. No tiene sabor. Y al primer golpe de Champ

O'Shea

, Johnny Ryan sentirá en su cabeza los vapores de la inconsciencia. Si adviertes a la policía; si no lo haces, si pierde

O'Shea

, te mataré, Angus Barryth. Podrás rodearte de cuanta policía quieras; podrás irte a Europa... Te mataré.

La mano armada se proyectó inesperadamente hacia adelante, chocando contra la frente del asustado promotor. Un nuevo golpe privó de sentido a Angus Barryth.

* * *

Peggy Blunt se removió inquieta en la cama de la alcoba matrimonial qué era uno de los mejores cuartos del rellano de la servidumbre de los Barryth.

Comprendió entre sueños que el timbre zumbador la llamaba.

Dafne debía de necesitarla. No encendió la luz, para no despertar a su marido. La esfera luminosa del despertador marcaba las cuatro y media.

Echóse sobre los hombros una bata, calzóse unas zapatillas y, mientras subía a las habitaciones altas, meditó que la caprichosa millonaria podía elegir otras horas menos intempestivas para pedir... a lo mejor, una taza de té o una revista científica contra el insomnio.

Halló a Dafne medio sentada y manteniéndose entre los brazos la cabeza. Ofrecía un aspecto ridículo con su mascarilla de barro, y

Peggy estimó sin indulgencia que muchos caballeros seducidos por la Dafne de los bailes y reuniones, deberían verla ahora tal como...

—¡Un ladrón, Peggy! ¡Me narcotizó! Avise al señor... y tráigame un jugo de naranjas y Sal de Frutas. ¡Pronto!

Peggy Blunt sintióse a punto de desvanecerse. Dafne se impacientó:

—¿No me ha oído, torpe? Avise al señor para que venga aquí, y tráigame el frasco de sales y un jugo de naranjas.

Sacando fuerzas de flaqueza, Peggy Blunt corrió hacia la alcoba de Angus Barryth. Llamó inútilmente y empujó la puerta. En el umbral se detuvo, engarfiadas sus dos manos contra el pecho para contener los latidos de su corazón, que amenazaba saltársele del pecho.

Angus Barryth, desmadejado, tenía el rostro cubierto de sangre, que manchaba su pijama y la almohada. Peggy Blunt avanzó y serenamente, recobrado el ánimo, restañó el rostro del herido con un pañuelo que extrajo del bolsillo del pijama.

No estaba muerto, pensó ella al oírle respirar. Aplicó compresas frías en las sienes, y con la misma agua del jarro lavó los dos cortes de la frente. Eran poco hondos; heridas superficiales...

Angus Barryth abrió los ojos, mirando a su alrededor con vaguedad.

Recorrió de pronto...

—¿Qué... qué hace aquí, Peggy?

—La señorita me mandó. Le vi herido, y le he...

—¿Ha sido usted la primera en entrar aquí?

—Así lo creo, señor.

—Óigame, Peggy. Necesito de usted una promesa. Le daré doscientos dolares si se calla. No quiero que nadie, ni siquiera mi misma hermana, sepan que me encontró usted herido. Es un asunto privado —y el promotor forzó una risita—. Un amigo que tuvo razón, y yo no se la di. Me pegó. Algo sin importancia. Olvídelo, Peggy y dentro de treinta días le daré otros doscientos dolares si ha guardado absoluto silencio.

—Confíe el señor. No diré nada. ¿Necesita algo más, señor?

—Nada, gracias. Es usted una buena chica. Peggy. ¿Y para qué rae quiere mi hermana?

—Dice, señor, que la han robado.

Angus Barryth púsose en pie, vacilando ligeramente. ¿Robado? Entró en el cuarto de baño, y aplicóse sobre los dos cortes casi juntos uno al otro, pomada coloidal y resecante y los cubrió con tafetán opaco.

Dafne Barryth no se fijó en la frente de su hermano. Tenía la desesperación de la enamorada de sus joyas.

—¡Me han robado, Angus! Alguien me narcotizó... ¡Mis mejores alhajas! ¡Tonta de mí, que no las llevé, como siempre, a la caja de caudales! Tenemos que telefonar a la policía...

—No, no —aconsejó Angus Barryth precipitadamente.

Ella le miró extrañada, con surcos de lágrimas en su mascarilla.

—¿Estás loco, Angus? Hay algo siniestro que nos rodea. Fue primero el asesinato de James Terence... Ahora... Pero ¿qué tienes en la frente?

—Calma, calma, Daf. Choqué contra el reborde de la lámpara en el lavabo. Una torpeza mía; un simple rasguño. Verás por qué te aconsejo que no adviertas a la policía. Debes primero avisar a la compañía aseguradora. Ya sabes lo que te dijeron. Las campañas de prensa están bien para las artistas de cine, y sus robos simulados. Pero para un robo real, perjudica porque permite al ladrón enterarse de cuándo la vigilancia se ha relajado. Avisa a los del seguro, que ya se encargarán de encontrártelas o pagarlas, por la cuenta que les tiene.

—Oye, Angus, sospecho del nuevo chófer. No me gusta: tiene modales de universitario desdeñoso.

—No seas absurda. Pero es sensato lo que dices, al fin y al cabo. Yo mismo voy a registrar su alcoba. Mientras, entretén a Peggy.

Angus Barryth salió precipitadamente y, momentos después, entraba en la alcoba donde Don Taylor dormía profundamente, emitiendo sinceros ronquidos apagados.

Encendió Barryth la luz. Volvía a ser el hombre enérgico.

—Despierte, Taylor.

—¡Oh, perdón! —Y se incorporó Don Taylor—. Creí que era mi esposa y... El señor, dirá.

—Escuche, Taylor. No se ofenda. Usted es nuevo en la servidumbre, y acaban de robar a mi hermana. En el propio bien de usted, deseo registrar esta habitación.

Don Taylor enrojeció y se levantó ajustándose el cinturón del

pijama.

—Yo le ayudaré, señor. Ése es mi armario...

Terminado el infructuoso y meticuloso registro, que duró veinte minutos, Angus Barryth hizo un vago, ademan de excusa:

—Olvídelo, Taylor.

—Desde este instante, señor, me considero libre de servicio. Puede buscarse otro chófer.

—¡Hombre! No sea así, Taylor. Comprenda mi situación. Ahora que ya estoy seguro de que no hay la menor sospecha plausible contra usted...

—Si yo soy el ladrón, pude esconder lo robado. No puedo seguir en una casa en la que a raíz de un robo se sospecha directamente de mí.

—Vaya, vaya, Taylor. ¿Lo olvidará con una gratificación de cien dólares? Es usted un buen conductor. Olvídalo.

—Bien, señor. Gracias por los cien dólares.

Angus Barryth regresó a la alcoba de su hermana, donde Peggy sostenía pacientemente por los hombros a la dama que se hallaba bajo los efectos de recientes náuseas.

—Puede irse, Peggy. Yo atenderé a la señora.

Se había marchado la doncella, cuando Angus Barryth soltó una exclamación de asombro:

—¿Qué es eso? —Y acercándose a la mesita del centro de la alcoba deletreó—: «AUDAX». ¿Qué nuevo juego...?

—¡Yo no toqué la baraja! —exclamó ella desde la cama—. ¿«Audax»? ¿Qué quieres decir?

—Alguien se ha entretenido en doblar los naipes por el centro y escribir con ellos esta palabra.

—No estaba cuando yo entré... ¡Es el que me narcotizó! ¡El ladrón!

—Sí. ¿Y qué pista nos da? Ninguna. En fin, explícalo a la compañía de seguros. Yo voy a acostarme. Estoy rendido. Y descarta del robo a Taylor.

* * *

Don Taylor frunció el ceño al observar la fijeza con la que Peggy al entrar la miraba.

—¿Por qué te necesitaban a estas horas? Habla. No estés ahí mirándome como la viva estatua del reproche dolorido. ¿También tú sospechas de mí?

—¿Cuál es la otra persona que sospecha de ti?

—Eterna actitud femenina, la de contestar con una pregunta a otra. Quien sospechaba de mí era Barryth. Registró la alcoba, porque yo era un criado nuevo. Muy amable. Se excusó y me prometió cien dolares. Pero admito en él su comportamiento; es lógico en el amo desvalijado. Pero en ti no puedo tolerar tu apariencia de fiscal mudo. Sí cada vez que se extravía un alfiler he de leer en tu aspecto un silencioso veredicto de culpabilidad, más vale que nos separemos. Nos hemos equivocado, Peggy. Tienes por fondo una inquebrantable honestidad de manga estrecha que nunca olvidará.

—No debes decir esto, Don. Yo sí tenía una inquebrantable honradez antes de conocerte. Después de todo, lo he olvidado. Júrame que nada tienes que ver con el robo de esta noche. ¡Júramelo por lo que más quieras!

—Por ti, Peggy. Juro por todo lo que tú representas para mí, que nada tengo que reprocharme relacionado con este robo.

—Regresaste tarde esta noche.

—¡Sí! ¡Muy tarde! Los Barryth han de divertirse y yo debo coger el volante y aguardarles para conducirles de nuevo a la camita. Suplicaré a los Barryth que de ahora en adelante, para evitar que mi mujercita sospeche de mí, hagan el favor de no trasnochar más allá de las once. Falló el motor y tuve que revisarlo en el garaje, tal como es mi obligación. ¿Qué más, señor juez?

Don Taylor, airado, estrujó las sábanas, más que apartarlas, y se embutió entre ellas.

Peggy Blunt quitóse la bata y sentóse en el borde de la cama.

—Comprendo que he sido una tonta, Don. No me guardes rencor... pero tuve miedo, por nosotros dos.

—No te preocupes. Te garantizo que si yo vuelvo a matar a un chófer y a robar bisutería, le escribiré una carta al juez dándole mi palabra de que tú lo ignoras todo... ¡No llores! —Y la abrazó impulsivamente—. Soy un bruto que no te merece. Perdóname...

—Dije que tuve miedo por nosotros dos, porque si una mala tentación te diera, y algo te pasase, yo no te sobreviviría. También

en Nueva York y en la cuarta década del siglo xx, hay ridículas románticas que serían capaces de morir de amor —y sonrió ella entre lágrimas—. Sobre todo si saben que nadie se enterará y la prensa no ensuciará con su tinta...

Calló porque sus labios estaban presos...

Poco después explicó su visión macabra al entrar en el cuarto de Angus Barryth y la promesa que éste le arrancó de guardar silencio.

—Extraño. No lo comprendo —comentó Taylor—. Si a mí me atizasen y yo no pudiera devolver los golpes de tú a tú, denunciaría al agresor.

—El precio de mi silencio, Majestad, son cuatrocientos viles dolares.

—Más cien míos, quinientos. Compraremos una hucha irrompible, cariño. Tenemos ya las primeras piedras de nuestra granja.

* * *

«Baby» desdobló el periódico que usualmente, después de hojearlo, colocaba en la bandeja donde «Grumpy» llevaba el desayuno a Lord King.

—¡Diablos! —murmuró atragantándose—. ¡Patrón, patrón!

Lord King apareció, ajustándose la bufanda entre las solapas del batín.

—Tus chillidos como saludo matinal nada tienen de armónicos.

—¡Lea! ¡Empápese! Digiera la última hazaña de un tal «Audax», que por vez primera asoma en los periódicos. ¡Lea!

—No he desayunado aún, muñeca. Además, si no recuerdo mal, tengo la vaga sospecha de que tú eres mi secretaria.

—Y aunque yo parezca irrespetuosa, créame que soy su obediente y sumisa esclava gustosa. Leeré yo... Oportunísima, tía. El patrón está deseando desayunarse mientras yo le leo la página de cuchufletas y adivinanzas.

«Grumpy» a la señal de asentimiento de King dejó la bandeja en la mesa ante el diván. Sirvió ella misma el café, mientras King, sentado, cubría de mantequilla una tostada.

—¡Oído a la voz de la prensa! Empiezo —y «Baby» silabeó los grandes titulares de la página primera:

«SENSACIONAL ROBO DE LAS JOYAS DE MISS BARRYTH»
«EL MISTERIOSO LADRON, NUEVO RAFFLES, DEJA UNA
CONTRASEÑA».

«Reproducimos la declaración textual de Miss Dafne Barryth: «Desperté con una sensación de repentina frigidez en el rostro. Intenté respirar, pero sofocada y con síntomas de asfixia, me desvanecí. Vi tan sólo un antifaz, una pechera de frac, unos vuelos de raso de seda, seguramente un abrigo-capa... Al recobrar el sentido, comprobé que del cajón de mi tocador habían desaparecido las alhajas que aquella noche llevé al baile de mis amigos los Merrinian. Generalmente suelo colocarlas siempre en la caja de caudales. Pero anoche estaba fatigada. El ladrón, con naipes doblados por su centro, dejó escrita sobre la mesa de mi alcoba una palabra cuyo significado ignoro: “AUDAX”»».

«Baby» esperó algún comentario de «Audax», pero éste mordisqueaba una tostada con deleite. Irritada aclaró ella:

—Lo que a continuación voy a leer, son comentarios del reportero: «Nos hallamos ante un sucesor de los legendarios Arsenio Lupin y Raffles. Lo demuestra su atuendo y la osadía de cínica originalidad al firmar su delito. Pero si los antedichos ladrones de guante blanco eran meras creaciones novelísticas, tenemos, en cambio, ahora, que lamentar la aparición de ese personaje de carne y hueso que con escrúpulo retador firma “AUDAX”, y cuyo debut peligroso en nuestra sociedad representa un robo por valor de setenta mil dolares».

«Baby» volvió a mirar a Lord King que encendía un cigarrillo.

—¿Setenta mil? Curioso, muchacha. Cubre exactamente el siete a tres del combate

Ray-O'Shea

, que me hizo perder el promotor.

—... y su hermana lo paga.

—Mis pérdidas, «Baby», nada tienen que ver con las ilegales

jugarretas y ganancias de ese ladrón que estúpidamente firma «Audax». Recuérdalo siempre.

Asaetada por una mirada de reproche de su tía y cohibida sinceramente por la severa entonación de Lord King, «Baby» suspiró:

—¡Vaya! Ya está usted empleando su voz de habitante del Polo Norte, patrón. Perdóneme. Ante usted a veces soy indiscreta, pero por fuera, soy un prodigio de mesurada impenetrabilidad. Ha sido un escape si acabo de crear relaciones inexistentes entre dos personajes muy distintos. Hablo bien, ¿verdad? ¿Me permite en premio una última indiscreción?

—Los bebés pillan rabieta si no se les deja agitar el sonajero. Agita el tuyo.

—¿No es poco galante en quien como «Audax» supongo ha de ser un redivivo caballero, narcotizar a una dama durmiente?

—Al contrario. Apruebo el método empleado por «Audax» esta vez. Ha sido una demostración de exquisita galantería quintaesenciada.

—¡Diablos! ¡Por los manes de Pocahontas! Apartad de mí ese frasco quintaesenciado de galantería, porque soy tonta y no comprendo esas demostraciones versallescas del culto a la mujer.

—Una dama creo yo que cuando llega a cierta edad y sigue deseando gustar, tiene que recurrir a nocturnos y secretos artificios. Y no conozco el difícil arte de penetrar en las psicologías femeninas, pero casi apostarí sobre seguro si te afirmara que hay mujer que preferiría ser robada antes que ser vista en condiciones de inferioridad estética. Posiblemente, Dafne Barryth hubiera sufrido íntimas angustias si al despertar por cualquier leve ruido hubiese visto en su alcoba a un caballero de *frac*, que quedaba imposibilitado de inventar una entrada romántica y amorosa ante un esperpento cubierto el rostro de barro.

—¡Cuánta delicadeza! A mí que me sepulten bajo pellas de barro y montañas de lodo... pero que no me quiten el anillo que me costó treinta dolares, porque me mato con mi sombra antes que consentirlo. Pero claro, yo no tengo nada de la dama refinada, ¿verdad?

—Lamento tener que contestarte afirmativamente a tu verdad. Tu absoluta falta de distinción verbal es tú más atractivo refinamiento. Es como la pimienta realzando una bella tajadita de

sonrosado melón.

—Gracias y emocionadísima. Me derrite ver la suavidad con la que me compara usted a una cucurbitácea. No me mires así, tía. Eso de cucurbitácea me aseguró un estudiante empollón que era todo fruto redondito y de tamaño mayor que una manzana. Oiga, patrón: ¿su aguda inteligencia le permite adivinar lo qué hará, «Audax» con el potente tesoro de la bella de día, fea de noche?

—Tengo la vaga sospecha de que conservará las joyas en depósito, hasta cerciorarse de si realmente es Angus Barryth quien debe pagar por responsable, la trampa del combate
Ray-O'Shea

.

CAPÍTULO VI

Un cerebro administrador

Pancho Jiménez tenía en su sueño una pesadez de marmota. Aficionado a las cenas copiosas, reprochábase siempre al despertarse en medio de alguna de sus pesadillas, la voracidad de su estómago.

Cuando perseguido por una jauría de elefantes, cuyas trompas eran rematadas por voluminosos brillantes y que en vez de morros idiotizados ostentaban el rostro de Kid Ray, Pancho Jiménez consiguió despertarse, volvió a prometerse inútilmente que no cenaría más que cosas ligeras.

Miró a la figura que en pie junto a su cama le enfocaba con una automática. ¿Otra pesadilla? Pero de pronto, recordó que estaba despierto.

—No vengo como enemigo, Jiménez. Si una máscara plástica oculta mi rostro es porque tengo que conservar mi incógnito aun ante aquéllos a quienes quiero favorecer. No hables hasta que yo haya terminado de explicarte el motivo de mi visita. Champ O'Shea

puede ser campeón. Lo puede ser años enteros. Millones de dolares. Pero os hace falta un cerebro administrador que se mueva en la sombra. Tú no puedes serlo, porque levantarías sospechas. Yo vengo como primer paso a decirte que Johnny Ryan perderá por «K. O.» en el primer asalto. Y tú no tendrás que emplear trampa alguna como hiciste en el combate último. Podrían descubrirte y se terminaría la carrera ascendente de tu pupilo.

Pancho Jiménez, sosteniéndose el estómago entre las dos manos,

gimió levemente. Tenían razón los periódicos al representar en sus caricaturas el globo terráqueo como una cabeza loca con camisa de fuerza. Todo estaba desquiciado... Y aquella máscara horrenda que decía cosas al parecer sensatas, era un fruto más de aquella época histérica...

—Angus Barryth está sentenciado a muerte si no administra a Johnny Ryan una droga que ejercerá un efecto debilitante en el sistema nervioso del campeón al recibir el primer golpe de Champ O'Shea

. Angus Barryth lo hará porque está atemorizado. Después, cuando Champ sea el campeón, yo me encargo en los sucesivos combates de que siempre conserve Champ el cinturón de oro, sin el menor peligro. Mataré si es preciso. Enrolaré a unos tipos decididos. Me obedecerán. Será la banda de Champ O'Shea

. Una banda secreta, sin que recaiga ningún compromiso para Champ. Ni será preciso que se lo digas. Si alguien entra en sospechas, lo eliminaré. Un año de campeón y saldremos a millón por barba. Entro en tercera parte en las bolsas y luego en las apuestas y exhibiciones.

Pancho Jiménez quedó impresionado. Aquel loco sin rostro hablaba con una persuasión convincente.

—¿A tercera parte? Carísimo. Pero ¡reguanajo!, váyase, amigo. Me está usted proponiendo locuras... Champ, con sus puños tan solo, llegará a campeón.

—Empleando artimañas cándidas como contra Kid Ray. Y os descalificarán para siempre, e iréis a la cárcel. Sin un cerebro rector ningún campeón dura mucho tiempo. Yo seré este cerebro, con la ventaja de que ayudaré en la sombra, y apartaré todos los estorbos...

—¿Apartarás todos los estorbos? Hay una moza que sospecha de que hubo tongo en el «K. O.» de Ray. Es la secretaria de un tal Lord King.

—¿Eh? Ese mismo tipo fue el que le habló a Barryth de que había amaño en ese combate. Aludió con indirectas, pero se adivinaba que se basaba en algo. Escucha, Jiménez. Puedes ser incrédulo y mirarme como a una máscara irreal. Te demostraré que yo cumplo lo que digo, cuando no sólo Johnny Ryan caiga

fulminado en el primer asalto, sino cuando Lord King y su secretaria pasen a mejor vida. Hay que suprimirlos, porque quiero un millón y lo tendré.

—También yo quiero ese millón. Hecho el pacto. Tú eres el cerebro administrador... y ejecutor.

* * *

Kid Ray, se examinó complacido. Su traje azul cruzado le sentaba a maravilla, y su camisa no era detonante. Comprobó que el «Auburn» parado en la acera, no se había esfumado. Tarde o temprano bajaría su dueño... y su secretaria.

Sonrió con agradable ensoñación. Era guapa la muchacha... De pronto torció la boca y sus ojos adquirieron una expresión casi homicida.

Por la acera, un atleta de chillona elegancia ultramoderna, se acercaba contoneándose presuntuosamente. El campeón mundial de los semimedios, Johnny Ryan, efectuaba su paseo higiénico de la tarde.

Vio a Kid Ray, y sus pies disminuyeron el ritmo cadencioso de su marcha elástica.

—Hola, Kid. Hola, digo yo —saludó sonriente, mostrando su dentadura de oro, brillante en el rostro infantilizado.

Kid Ray le miró como si viera a un pigmeo insolente.

—Dele al trote, ciudadano. Si no puedo romperte los hocicos en el *ring*, no me hagas cosquillas en las manos, que la acera no es lona.

—¡Muchacho, muchacho! Una cosa es el *ring* y otra la calle. Fuimos amigos. ¿Por qué no hemos de seguirlo siendo?

—Dicen que tu mandíbula es de roca, ciudadano. El cemento armado es confitura comparado con un tipo de tu clase. ¿No te acuerdas ya de la sucia faena que me hiciste con Maisy, condenado te veas para siempre?

—¿Maisy? No me la recuerdes, Kid. Perdí el apetito y cuatro kilos en las tres semanas que me estuvo castigando sin piedad. Fue mi más severo castigo. Lo merecí, Kid. Fue mi mayor equivocación. Lo siento. Hasta creo que tú me dejaste que te la birlara porque no sabías cómo quitarte de encima aquella pesadilla.

Kid Ray rió divertido. En el fondo apreciaba a Johnny Ryan.

—Vaya, vaya, ciudadano —mintió descaradamente reconfortado—. ¿Penetraste la trampa? Eres un chico listo. Quedamos amigos.

El apretón de manos de ambos púgiles; fue acompañado de sonoros y sendos palmoteos en los hombros.

—Siento lo que te sucedió con el negro, Kid. Si era todo tuyo, condenado seas. Y vas y te dejas cazar como un lila. No sabes la pena que tengo de que no seas tú el que suba al *ring* conmigo. ¡Maldita sea! ¿La paliza que nos íbamos a dar, eh, viejo?

Kid Ray asintió tristemente.

—¡Que lo digas, ciudadano Ryan! Pero, escucha. Hazle migas al *chocolate*, que yo tomaré mi desquite cuando toquemos nuestros guantes para el campeonato... que gane el mejor, ¿eh? Y ahora, vuela, líquídate, evapórate.

—Pero si éstas solo, viejo. Yo me iba a dar un par de meneos en la pista de baile. Ven conmigo.

—Otro día. Estoy esperando a un encanto de rubia que me trae alelado. Es graciosa como un rayo de sol en invierno y... todo eso, ¿sabes?

—¡Guá! Preséntamela.

Kid Ray adquirió una digna postura recelosa.

—Hay mujeres y mujeres, ciudadano Ryan. Si a Maisy te la dejé sin lucha fue porque era un saldo. Pero la chica que espero es de clase fina y seda superior. Conque, *abur*, que sobra uno.

—Buenas tardes, Kid —saludó a espaldas de los dos semimiedos la voz de Lord King—. Me complace ver que la fuerza es la nobleza. Siempre deseé conocerle, campeón.

A regañadientes, Kid Ray efectuó la presentación.

—Ése es Johnny Ryan, un ciudadano potable, señor King. Buenas tardes, «*Baby*». Eso... Oiga. Buenas tardes, «*Baby*». Diga. Escuche, señor King. ¿Van a trabajar usted y su secretaria?

—No, no. Creo que ella iba a merendar. Por cierto, si el señor Ryan no tiene ningún compromiso le acompañaré gustoso donde quiera en el coche. Buenas tardes, Kid.

Kid Ray estaba cercano a aullar de entusiasmo cuando vio partir al «*Auburn*» llevándose a Lord King y a Johnny Ryan... y dejando a su lado al «rayo de sol en invierno».

—¿Ha sido usted telefonista, ciudadano Ray? —inquirió «*Baby*».

—¿Eh? ¿Yo?

—Largó un surtido de «digas», «oigas», «escuches», que la Telefónica se sentirá estafada. ¿Pasaba usted por casualidad, ciudadano?

—Hace dos lloras y veintidós minutos que estoy plantado aquí. Esperándola. Me prometió ser compañera de baile.

—¿No oyó que mi patrón dijo que yo iba a merendar? ¿No sabe adivinar las insinuaciones diplomáticas, ciudadano Ray?

—Llámeme Kid —dijo fervientemente el boxeador, encajando su larga zancada al compás de los diminutos pies—. ¿Tiene novio, «Baby»?

—Soy joven para el amor, Kid. Aun no ha aparecido mi príncipe azul.

Kid Ray se miró satisfecho el traje: había sido una feliz idea escoger su traje de aquel color. Instalados poco después, y al empezar la merienda, el boxeador concretó su secreto pesar:

Estoy avergonzadísimo, «Baby». Fíjese en lo que le diga: si yo fuera el que va a vérselas entre cuatro cuerdas con el ciudadano Ryan, me atrevería a esperar que... eso del príncipe azul.

—Aparte el romanticismo, Kid, Hablemos de cosas serias, que estamos comiendo. ¿No le ha extrañado, la facilidad con la que el *chocolate* le zumbó?

—¡No me va a extrañar! Lo tenía en mi poder; era un saco ya... y ¡zas!, empieza el sexto, y me sacude unos sopapos como nunca los probé en mis cinco años de repartir y recibir leña. Y conste que de encajador tengo yo mucha madera.

—Asoma la oreja, canadiense, con tanto producto resinoso. Óigame; cierre los ojos y estrújese el serrín mientras yo hablo. Figúrese que Pancho «Quimenés» en el descanso entre el quinto y el sexto, tiene en las palmas de las manos una sustancia química que reseca se endurece. Y esta sustancia colocada en los guantes de Champ, han convertido la crin y la piel en masa de piedra...

Kid Ray, con los ojos cerrados, sonreía oyendo la voz encantadora... Abrió los ojos de pronto, como si acabara de recibir un alfilerazo.

—¡Córcholis! ¡Qué imaginación tiene usted! Eso no puede ser; eso sería sucio...

—Yo estoy cierta que el «Quimenés» se lava muy pocas veces. Es

más: si usted me atosiga a preguntas, le diré que me parece haberlo visto con mis propios ojitos, mientras embadurnaba los guantes del *copo de nieve*, Y si no, coloque la oreja en el auricular. ¿Por qué cuando yo, escamada, fui al final del combate a buscar un guante del negro, recibí un guantazo espantoso que me noqueó con menos elegancia que a usted? Me lo propinó «Quimenés»...



...hizo describir al mejicano una voltereta...

—¡Oiga, oiga! ¡Diga, diga! ¿Siempre le produce el mismo efecto merendar?

—Le juro que cuanto le digo es verdad. Pancho me atizó un suculento manotazo en la en la calabaza. ¿Por qué? Porque yo, listísima como soy, iba a por la prueba de la trampa y... ¡Ey! ¡Ciudadano! ¿Dónde va usted?

Kid Ray, que había ya tomado carrera, regresó de nuevo.

—Es verdad. Me iba sin pagar —y dejó sobre la mesa unos billetes.

—No es eso, Kid. ¿Me deja como a una servilleta con churretones?

—Pancho se atrevió a zumbarle a usted. Pancho me da asco, y le voy a desencuadernar.

—Muerda el freno, «Rocinante», sea usted maquiavélico... Nada de fuerza bruta, investigue...

—Ni «Rocinante», ni maquiavélico. ¡Palabra que Pancho va a pasarse unos días arropado y oliendo a árnic!

«Baby» no insistió porque ya el boxeador casi corriendo, había abandonado el salón de té.

—Creo que he metido el remo —dijo la secretaria de Lord King.

* * *

Pancho Jiménez estaba de un humor regocijado. Un cerebro en la sombra; un cerebro administrador repartiendo tiros... Encantador.

Extendió con deleite las piernas sobre la mesa de su alcoba, mientras oía los ronquidos de la siesta de Champ O'Shea

—Adelante —dijo calmosamente al oír llamar en la puerta.

Las espaldas de Kid Ray parecían hincharse a efectos de un desconocido impulso. Pancho Jiménez sintióse incómodo en su postura.

—Hola, Kid. Traes mala cara. ¿Tengo yo la culpa de que tú perdieras? Haberte entrenado mejor.

El primer directo hizo describir al mejicano una voltereta acompañado de su silla. El segundo *swing* lo levantó en el aire, y un

corto machetazo de izquierda le tumbó sobre la cama, inerte.

Kid Ray respiró a gusto. Se sentó enderezando la silla volcada. Tuvo que aguardar diez minutos.

—Ya hay hombre otra vez —masculló—. No grites, mejicano. Estoy en forma y podría desnucarte sin querer. Conténtate con que tus narices sangren y tengas que pasarte unos días sin masticar. ¿Conque has osado poner la mano sobre *«Baby»*, eh?

—Te denunciaré —rezongó torvamente Jiménez aplicadas sus dos manos en las sienes que martilleaban silbando—. Te quitarán la licencia por pegarle a un ciudadano...

—¿Ciudadano? ¿Denunciarme? A mí me quitarán la licencia, pero en

Sing-Sing

hay pijamas de seda y radio en las celdas. Estarás hermoso entre las rejas y tocando el bandoneón mientras tu gorila negro se encarama por el hierro rascándose los sobacos. ¿Qué porquería echaste en los guantes? Habla.

—¡Te denunciaré! ¡No sabes perder! Inventas suciedades y me pegas. La federación entenderá en tu caso. ¡Te lo juro!

Impresionado por la aparente sinceridad de las tartamudeantes protestas del mejicano, levantóse Kid Ray.

—Ya se aclarará todo, Pancho. Mientras, aguántate la sesera meditando en los inconvenientes que es pegarle a una señorita... que es mi novia. Adiós.

Pancho Jiménez, no pudo acompañar al entreno a Champ O'Shea

. Renovaba con frecuencia sus compresas de agua fría. Acogió con salvaje alegría la llegada del «cerebro administrador».

Explicó detalladamente la visita contundente de Kid Ray.

—... otro más que sospecha. ¡Santo cielo! Todo Nueva York sabe ya la trampa. Nos meterán en la cárcel.

—¿Compruebas ahora que yo os soy necesario? Kid Ray enmudecerá para siempre y su novia también.

CAPÍTULO VII

Bailes modernos

Kid Ray lució el léxico más apropiado para emplear un teléfono.

—... ¿Oiga?... ¿Diga?... Habla Kid Ray. Pido comunicación con la señorita «Baby».

—... Me llamo Joan Telma por teléfono, ciudadano Ray. ¿Qué pasó ayer tarde?

—... Le di a Pancho una lección de modos. Oiga... Diga...

—... Escuche... ¡Diablos, ya me ha contagiado usted! Yo oigo y usted es el que dice. ¿Estamos? Hable.

—... Son las cinco y media, una merendola en el «Papagaya» vendría de perlas.

—... Tengo trabajo ahora, ¿o es que se figura que mi patrón me emplea como campeona de meriendas pugilísticas?

—... Oiga, diga. ¿Y esta noche a las diez y media, eh? Yo soy hombre de mundo y su patrón puede confiar en mí.

—... Mi patrón confía en mí. No nací anteayer. A las diez y media tome un *taxi* y espéreme.

—... Tomaré dos para ir más deprisa, encanto de mi vida.

Rió «Baby» satisfecha. No era feo mozo el canadiense. Tuvo que explicarse al ver a Lord King en el umbral de las habitaciones.

—Era Kid, el ciudadano Ray ¿sabe? Quiere que esta noche vaya con él al «Papagaya». ¿No sabe? Ayer le pegó una paliza a Pancho, porque éste me había zumbado...

—¿Sí? Interesantísimo. Siéntate. Tengo que dictarte. ¿Preparada? «La característica peculiar de la porcelana Ming, dinastía cuarta, estriba en la honda incisión burilada que en forma

de eslabones sin separación tallados en una pieza rodea la base. Punto aparte». Naturalmente, le tuviste que explicar a Kid el motivo por el que entraste en el camerino de Champ.

—Metí el remo, ¿verdad, patrón? Yo... me enredé a hablar. En el fondo me apenaba que un buen chico como Kid hubiese sido objeto de una faena sucia y...

—«Las falsificaciones, en las Ming son muy hábiles, pero el tallado ingenioso de los primeros artífices imposibilita la imitación moderna que bajo el microscopio queda patente. Punto aparte». ¿Qué idea se formó Kid de la trampa?

—Le dije que yo había creído ver, que yo pensaba, que yo suponía... Cargué con el mochuelo. Habló sólo de mí.

—Recreativa conversación. De una vez para siempre, señorita Joan Telma. Prescindiré de su adorable compañía y servicio, la próxima vez qué sepa que usted muestra en exceso la sonrosada puntita de su lengua... que estaría divinamente sepultada en un bote de conservas. Usted me conoce ya lo suficiente, Joan Telma, para saber que si fuera juez, condenaría a muerte sonriendo, si de justicia era. No intente escudarse en frases de su habitual propiedad intelectual. Hay un límite a todo, y por dos veces en corto tiempo lo ha sobrepasado usted.

—Sí, señor —dijo «*Baby*» poniéndose en pie y alarmada. No sentía perder el sueldo, con lo que amaba el dinero. Sentía perder la compañía de aquel hombre que ahora la miraba sonriente, pero con helada sonrisa.

—Le notifico que no volveré a advertirla. Bien, siéntese. Continúe tomando al dictado. Léame la última frase.

«*Baby*» intentó descifrar los garabatos taquigráficos, pero un velillo lacrimoso se lo impedía. Rompió a llorar estrepitosamente...

—¡Malo! Es usted cruel e implacable... —sollozó—. Insensible y egoísta. Yo... —Y sorbióse las lágrimas avanzando el labio inferior — por una vez que pecho, me trata usted con una cortesía que despachurra y asesina.

—Sécate las narices, muñeca. Estás horrible llorando. Te pareces a Mickey Rooney.

Precipitadamente ocultó ella el rostro bajo el pañuelo. Pero estaba reconfortada. Él volvía a tutearla...

—Lee la última frase..., pero no olvides mis anteriores frases que

nada tienen que ver con antigüedades.

—... ¡Imposibilita la imitación moderna que bajo el micros... microscopio queda patente! ¡Punto aparte!

—Eso es. Punto aparte. Sigamos como siempre. «En el marfil contrastado que...».

* * *

Kid Ray descendió del *taxi* a las diez y veintidós. Tomó por testigo al chófer.

—Me he anticipado en ocho minutos. Y si ella es de las que tardan, tu contador va a reventar.

—No se apure, Kid. Para, usted hago una excepción. Cierro el contador mientras aguarde. Pero oiga, tiene usted que zumbarle al negro cuando le den otra posibilidad.

—Prometido. Escucha, ciudadano. ¿Tú viste el combate?

—Diga que sí. Y diga también que... ¿No me ve el párpado izquierdo? Me lo sombreó de un codazo una negra sentada a mi lado, porque yo silbaba en chungu, cuando usted apalizaba al negro.

—Gracias, ciudadano. ¿Y te diste cuenta de la salida del negro en el sexto?

—Me quedé turulato, jefe. ¿Es que se creyó usted que los guantes eran de piedra? Cada golpe que encajaba usted, se echaba para atrás como si viniese una locomotora a todo gas.

—Ya, ya. ¿Conque guantes de piedra, eh? ¡Córcholis! Mi tormento tiene todos los encantos. Es puntual... y preciosísima.

Pero apenas se hubo sentado en el interior, «*Baby*» nubló sus encantos al oír la primera pregunta de Kid Ray:

—¿Querrás venir conmigo mañana a la Federación y contarles lo que te sucedió con Pancho?

—Atiende a la onda, ciudadano Ray. La menor sílaba empezada por «pan» o «Guan», y te dejo solo. ¡No quiero oír hablar de boxeo! ¡No quiero saber nada de nada! ¿Vamos o no a bailar? Pues a bailar, ¡diablos y rediablos!

Kid Ray encogió el cuello entre los hombros, como si esquivara.

—Bien, yo... Pan... ¡No! ¿Qué tal andas de pies?

«*Baby*» le miró de reojo. No tenía grandes esperanzas en la

inteligencia del canadiense, pero la molestaba que la desconcertasen.

—Oiga. No intente escudarse en frases de su habitual propiedad intelectual. Hay un límite a todo y por dos veces en corto tiempo lo ha sobrepasado usted.

—¿Eh? Yo no he sobrepasado nada —protestó Ray, ignorante de la repetición de las palabras de Lord King—. Te pregunté qué tal marcabas el *swing*.

—Ah, vamos, aclaremos. Me gusta horrores el baile. Pero impongo dos condiciones. Mis dos quesitos han de estar en permanente contacto con la pista. Traducido a tu idioma: a tú no me volteas por el aire, o me resbalas por entre tus piernas y me asomas por tu cuello. *Swing*, pero elegante y distinguido, como yo soy. ¡Ea! ¿Digeriste?

Kid Ray demostró que había «digerido», cuando en la pista del «Papagaya», limitóse a separar de vez en cuando a su pareja, agitando un dedo como si amenazara, mientras ella se contoneaba a diestro y siniestro.

—¡El derroche, «*Baby*»! —murmuró entusiasmado el boxeador en un descanso—. Tienes en el cuerpo descargas eléctricas de ritmo sensacionalmente acompasado. Naciste para bailar.

—Es que esta música me despepita. Me da escalofríos, y siento deseos de gritar estentóreamente, no como el pato Donald, sino como Tarzan.

El contrabajo empezó a marcar los compases de un *buggi*. «*Baby*» prodigó su recóndito ritmo de salvaje descendencia primitiva, abriendo de tanto en tanto la boca, para gritar incoherentemente.

Kid Ray duplicó su ágil celeridad, trenzando los pies en epilépticas acrobacias. El ronco bramido del contrabajo hacía sentir nostalgias de fuegos en la selva y rugir de leones.

Inesperadamente, cinco hombres entrando corriendo encendieron un repentino pánico. Uno de ellos llevaba el rostro, enteramente cubierto y envuelto en una funda de materia plástica. Los cinco esgrimían pistolas automáticas...

«*Baby*», lanzada en un compás vertiginoso, estaba denegando risueña, con los dedos abiertos de su mano izquierda. Cuando oyó un disparo, sufrió una brusca reacción que se tradujo en una veloz carrera hacia donde se acumulaba la concurrencia despavorida.

El disparo no procedió de los asaltantes. En el umbral acababa de aparecer un individuo revestido de gabardina, fieltro, y máscara que no sólo disparaba, sino que con grito ronco de aviso lanzaba contra los *gangsters* dos redondos corpúsculos...

El hombre del rostro cubierto disparó primero hacia Kid Ray y su compañera; después revolvióse hacia el que manifestaba oponerse a sus designios.

Los dos corpúsculos estallaron con un chirriante crujido, y una nube blanquecina envolvió a los cuatro *gangsters*. Repitió el enmascarado un lanzamiento, y la nube produjo su efecto...

Toses de asfixia y un irritante lacrimero nublaron la vista de los recientes bailarines... El enmascarado intentó cerrar el paso al hombre del rostro cubierto, cuya funda de materia plástica le servía a modo de careta contra las bombas de gases lacrimógenos...

Pero la elasticidad del salto que dio el que huía hizo llegar segundos tarde el idéntico salto que dio «Audax»... Varios policías, pistola y porra en mano, irrumpieron.

«Audax» desapareció corriendo rápidamente en
«zig-zag
»...

Cuatro *gangsters* llorando sin poderlo remediar y tosiendo dolorosamente fueron prontamente esposados por los policías, que los arrastraron al exterior.

Media hora después, el inspector encargado de interrogarles, tras emplear todos los medios a su alcance, salió de la sala de interrogatorios, sudoroso y rabiando.

—¡El imperio de la máscara! No saben quién les dirigía. Sólo me repiten incansablemente que en un «speak-easy»^[1], un individuo cubierto el rostro con una funda de goma les «enroló» para que le acompañasen al «Papagaya» a matar a Kid Ray y su novia.

* * *

«Baby», por la mañana, al desdoblar el periódico, tenía ya los ojos calmados. Pero el susto aún le duraba. Leyó sin gran simpatía:

«DOBLE TREPIDACIÓN EN EL “PAPAGAYA”

«Por no tener que lamentar desgracias personales, nos podemos permitir chancear acerca de la visita ruidosa que cinco individuos verificaron anoche en el salón de baile swing más popular de la ciudad.

«No sabemos si las parejas bailaban un buggy o un epileptic. Lo cierto es que cinco caballeros, por lo visto amantes del arte clásico y las melodías de Strauss, horrorizados ante el desquiciado ritmo negroide que se estila y es deleite de los abundantes amantes del swing, emplearon un procedimiento excesivamente contundente para disminuir la afición.

«Sólo verificaron un disparo, que no dio afortunadamente en ningún concurrente, y gracias a la intervención de un enmascarado misterioso que aún más enérgico repartió a profusión bombas lacrimógenas, fue posible capturar a cuatro de los gangsters, huyendo el que parecía ser el jefe de la banda, y que llevaba el rostro películescamente cubierto por una funda de material plástico.

»Enmascarado» y «Fantasma» huyeron. Siguen sin conocerse las razones de este raid de salvajes pistoleros contra salvajes bailarines, que, a fin de cuentas a nadie perjudican más que a la estética, al mecerse y contonearse como poseídos de furor satánico y jovialmente ridículo.

«Baby» dobló despaciosamente el periódico. Pero murmuraba en voz baja palabras que eran un compendio de epítetos poco amables destinados al periodista.

Se sobresaltó temblorosa al oír una voz a sus espaldas:

—¿Dormiste bien?

—¡Diablos! Sus zapatillas, patrón, tendrían que poseer un «clackson». Oiga, yo lo que digo es...

—Tú eres la que vas a escuchar. Por suerte, Kid Ray sigue en pie y tú también. Reanudaréis vuestras sesiones de baile, cuando quede aclarado este asunto. No salgas de aquí para nada. Me harta seguirte, porque no soy tu nodriza.

—Nodrizas con pepinos lacrimógenos, son nodrizas peligrosas. Gracias, patrón. Si se le retrasa el reloj, nos hacen fosfatina. Pero ¿por qué la tomaron con nosotros dos? No hacíame más que...

—... imitar a los pieles rojas en la danza del afeitado completo de cráneo. Lección práctica, «Baby». Si no hubieras azuzado a Kid contra el mejicano, no habría ocurrido esto.

—¿Sospecha del «Quimones»?

—De tres. Clifford Martin, el *manager* de Kid, que no protestó del resultado ni ha manifestado la menor extrañeza para un hombre que como él es ducho en cuestiones del *box*. De Pancho. Y de... Angus Barryth.

—¡Órdago y arrastro de *as*! Pero si Barryth dijo que había apostado por Kid...

—Y tú acabas de decir «órdago y arrastro», y no llevas naipes ni juegos. Decir, nada cuesta. Un promotor puede tener el deseo de ser el amo de todas las organizaciones deportivas de la ciudad. Millones... Tocaban el timbre. «Baby». Abre.

—¡Hemmm! ¿Tiene ahí una pequeña provisión a mano de bombitas de ésas tan graciosas? —susurró mientras iba a abrir.

Apenas lo hubo hecho, se parapetó tras la puerta. Un individuo de paisano acompañado de otro de idénticas características a las suyas, entró.

—Buenos días. ¿Señor Lord King?

—A su disposición. ¿En qué puedo servirles?

—Yo soy Preston Raskey, y éste es mi ayudante. Brigada de Investigación Criminal.

—Tomen asiento. ¿De qué se trata, señores?

—Los cuatro *gangsters* de ayer noche que provocaron el pánico en el «Papagaya» han declarado que fueron contratados para matar a Kid Ray y... a esta señorita.

—¡Diablos!... Esos contratos tiene que revisarlos la Corporación de Actividades Diversas.

—¿Podría usted decirnos, señor —preguntó Raskey, tras dirigir una sonrisa de compromiso a la secretaria— qué motivos sospecha usted puedan inducir a intentar matar a su secretaria?

—Francamente, si me toleran la ironía, les diré que mi secretaria no comete delitos tan graves como para desear quitar del mundo su encantadora figura. Contesta a los señores, «Baby». Contesta la

pregunta.

—Yo como, leo, trabajo, duermo y bailo. Ésos son mis delitos. Con Kid Ray salí como podría haber sido con el tendero de la esquina.

—Verá, señorita. Dice Kid Ray que se huele que hay un asunto de combinación antideportiva, pero no ha podido aducir razones. Se encierra en una extraña reserva.

—Allá él —dijo «*Baby*» secretamente agradecida al silencio del púgil por lo que a ella se refería—. Pero oiga, denle un par de cañones mientras ustedes apresan a esos malditos aguafiestas.

—Nos es sobradamente conocida su actividad, señor King, para que podamos dudar de que usted no nos preste su máxima colaboración cívica, así como su secretaria. Seguiremos investigando. Buenos días.

Cuando los dos policías se hubieron marchado. «*Baby*» esbozó un leve inicio de compases de *vals*.

—¡Aguántense, sabuesos! ¡No saben nada! ¡Flotan!

—Tu inconsciencia supera el babeo de un crío de varios meses. ¿No comprendes que mientras floten como dices, el hombre de la máscara de caucho no flotará, sino que vendrá por tu lindo cadáver?

—¡Oiga, patrón! Tiene usted fórmulas exquisitas, pero eso de los gusanos colocándome en su alacena no me apetece. Pero confío en el otro enmascarado; en ese caballero andante de ritmo lacrimógeno... ¿Soy su Watson?^[2] ¿Por quién empezamos a escarbarnos las meninges? ¿Será Pancho, será...?

—Trataré de acompañar a Johnny Ryan durante el día de hoy, y saber por qué Angus Barryth le ha invitado a un vino de honor.

—*Okey*. Y de veras, de todo mi corazón sensible: perdóneme la indiscreción que ya no repetiré nunca más.

—Los maestros, cuando oyen esa frase en boca de sus discípulos, se encogen suavemente de hombros como, estoy haciendo. Pero no les echan de la escuela si repiten. Yo sí.

«*Baby*», poco después, conectó la radio. Al oír unos compases en aluvión de sacudidas, cerró violentamente. Su tía «*Grumpy*» la miró extrañada.

—¿Cierras? ¿No era un baile moderno de la última hornada?

—He cambiado de gustos. Voy a dedicarme a oír *vals*es. Esos

bailes modernos me dan asco. Me recuerdan la trepidación de un tanque en plena selva del Congo.

CAPÍTULO VIII

El combate final

Johnny Ryan, tras pesarse, fue a vestirse. Cuando reapareció dirigióse hacia donde le aguardaba Lord King.

—Es abusar, señor King. Empleo su coche como si fuera mi *taxi*.

—No es así, Johnny. Ya conoce lo cursis que somos los de la «alta», como nos llaman ustedes. Lucir en compañía de todo un campeón, viste mucho. Además, Angus Barryth es gran amigo mío y entre los tres brindaremos por la seguridad de que seguirá siendo usted el campeón.

—Así lo procuraré. Me interesa echar patas arriba al negro, porque quiero darle a Kid una probabilidad. Es un buen muchacho.

Angus Barryth demostró una extraña inquietud cuando vio aparecer a Lord King en compañía de Johnny Ryan.

—Buenas tardes, Barryth. Me permití acompañar al campeón. Donde hay dos copas hay tres. Me he invitado pero discretamente, pero he apostado por Johnny y quiero cerciorarme de que no beberá más allá de una copa.

La frase de Lord King era sinceramente inintencionada, pero las manos de Angus Barryth temblaron mientras servía Oporto en las tres copas.

Levantó la suya, ofreciendo una a Johnny Ryan.

—Brindo por...

—Un momento, Barryth. Dejemos las copas en la bandeja.

—¿Cómo? —murmuró repentinamente lívido Barryth.

Lord King, exhibiendo su más tonta sonrisa, cogió la copa del campeón y la colocó en la bandeja.

—Verá Barryth. Usted sabe que he viajado un poco. En el Japón existe un gran núcleo de aficionados al deporte de la lucha. A veces, un gran señor invita antes de un combate a un famoso luchador. Pero existe también una costumbre que me ha dejado una ligera superstición. Si el luchador bebe en un vaso o copa ordinarios, los espíritus, de la Fortaleza le abandonarán. Tiene que beber en un receptáculo virgen. Por ejemplo, aquel jarrito de plata que está sobre la repisa. ¿Imbécil, verdad? Respeten mi capricho, amigos. Estaría luego intranquilo durante el combate si Johnny Ryan bebiera en una copa vulgar como nosotros dos.

Observado por Lord King, Angus Barryth fue a buscar el jarrito de plata. Los tres hombres bebieron, hablaron del próximo combate, y poco después, Johnny Ryan se iba, pensando para su caletre que Lord King era un «pájaro idiota, con sus caprichillos japoneses».

Angus Barryth, apenas salió el campeón, dejóse caer en una butaca, mirando con fijeza a Lord King, que jugueteaba con la copa aun llena de vino que no había llegado a beber el campeón debido a su intervención invocando inexistentes costumbres japonesas.

—Usted sabe..., usted está enterado, King —balbuceó Barryth.

—¿Yo? ¿A qué se refiere, Barryth?

—A la copa que sostiene usted.

—Un simple vaso, lleno de buen Oporto..., que no podía beber Johnny Ryan. Escuche, Barryth: tendrá usted que echar una reprimenda a su mayordomo. Una casa tan hospitalaria como la mansión Barryth se desdora al presentar vasos en cuyo fondo hay residuos o posos líquidos de un color negruzco. ¿Trato de adivinar? No podía usted verter nada en el interior del frasco porque usted bebía también; y, además, me vio descender del coche en compañía de Ryan. El método más sencillo lo había usted ya imaginado. Dejar en el fondo de la copa destinada a Johnny Ryan el narcótico o lo que sea. Pero yo soy curioso... ¿Quiere explicarse, Barryth? Yo, por más esfuerzos que haga, no me lo puedo figurar jugando sucio e intentando drogar al campeón a favor de Champ O'Shea

Angus Barryth, apoyados los codos en los brazos de la butaca, mantuvo la frente entre sus dos manos.

—Johnny Ryan no ha bebido. Después del combate, si gana...,

me matarán.

—¡Diablos!, como diría una buena amiga, y pesadilla encantadora. ¿No es algo truculento lo que acaba de decirme, Barryth?

—Hace varias noches, me visitó en la alcoba un desconocido. La misma noche en que el ladrón de guante blanco «Audax» robó a mi hermana.

—Ah, sí. Recuerdo haberlo leído en los periódicos. ¿Y dice usted que «Audax» le visitó?

—No fue «Audax», porque no vestía *frac* y era al mismo tiempo que «Audax» estaba robando las joyas. Se trata de un engendro de irrealidad; lleva una máscara de material plástico. Me amenazó con una pistola, conminándome a que invitase a Johnny Ryan la tarde del combate. Me aseguró que no tenía nada de extraña mi invitación puesto que suelo hacerlo. Pero debería verter en su copa una sustancia que, al primer golpe de Champ O'Shea, produciría en el campeón la inconsciencia más parecida al estado de «groggy». Me pegó con la culata... Tuve la seguridad que me mataría... ¿Qué habría hecho usted?

—Lo mismo que ha hecho, Barryth. Pero también hubiese deseado que apareciera quien me lo impidiera hacer. Hay que luchar, Barryth. Seamos deportistas. Le hablaré con claridad: yo no tengo costumbre de andar entre dinámicas querellas de pistolas. Odio la brutalidad. Vivo siempre por el Arte. Pero hay que descubrir a esa mascarilla. El primer paso que usted va a dar ahora mismo, será ir a visitar a Pancho Jiménez. Le dirá...

—¡El mejicano es la máscara! Si voy me matará...

—No tema. Igualmente, como por casualidad, pude evitar que Johnny ingiriera narcótico, igualmente conseguiré evitar que Pancho. Jiménez le haga objeto de ninguna tropelía.

* * *

Pancho Jiménez se puso cortésmente en pie al ver entrar a Barryth.

—¡Tanto bueno por acá, señor Barryth! ¿Viene a visitar a mi muchacho? Está reposando en espera del gran momento, del combate final.

Angus Barryth recitó la lección dictada por Lord King.

—Es grave lo que vengo a decirle, Pancho. Ocurren cosas extrañas relacionarlas con este combate final. Tengo sospechas de que no sólo se juega sucio, sino que hay un peligroso criminal que, para lograr sus propósitos, no vacila en emplear el asesinato.

Pancho Jiménez echóse para atrás como si acabase de recibir un puñetazo, exclamando con los máximos espavientos de asombro:

—¡Le oigo y no le creo señor Barryth! Una persona de su gran categoría no puede inventar infundios. Sin embargo, no puedo... No puedo creer algo tan monstruosamente inicuo. El boxeo ha sido siempre un deporte de la gente ruda, grosera si usted quiere, pero noble, brava y leal.

—También era esta mi opinión, pero ciertos hechos últimos me han hecho rectificar. Présteme atención, Pancho. Últimamente, bajo la amenazada de una pistola, intimidado con golpes, imponiéndome miedo con la promesa de una muerte inexorable...

—Que vengo a recordarte, imbécil.

La voz de matiz hueco, hizo volverse angustiado a Barryth, que vio en la pequeña salita alcoba de Jiménez al misterioso individuo de la máscara de caucho plástico.

Dirigía hacia Angus Barryth el cañón de una automática... Pero apenas hubo hablado el misterioso «cerebro», exhaló un quejido. Acababa de recibir en la muñeca armada un seco bastonazo que, propinado a sus espaldas, le hizo caer la pistola de la mano...

Dio media vuelta con felina agilidad, mientras Lord King le aplicaba un nuevo bastonazo en la otra muñeca, que se dirigía hacia su rostro.

Pero el misterioso «cerebro» debía de tener gran estoicismo, porque, pese al dolor, lanzó sus dos puños hacia el pecho de Lord King. Éste esquivó la acometida, pero no pudo evitar que por encima de él, agachado, saltase el enmascarado, que a una velocidad de pasmo corrió escaleras arriba.

Lord King lanzóse en su persecución, pero una zarpa negra le asió por los brazos. Desasíóse violentamente y tuvo que ladearse para evitar el directo que Champ

O'Shea

le asestaba.

Lord King proyectó con todas sus fuerzas un derechazo a la

mandíbula del negro, que retrocedió hacia atrás abriendo los brazos...

Iba Lord King de nuevo a emprender la persecución, pero el negro le cerró el paso gruñendo amenazador:

—¿Te sientes boxeador, eh?

—¡Detente, Champ! —gritó imperativamente Pancho Jiménez, que corriendo vino a interponerse—. El caballero es un amigo...

—Acaba de sacudirme un gancho duro —dijo obtusamente el negro, mirando con rencor a Lord King.

—Lo duro es que no me dejó usted aclarar el misterio —dijo Lord King, pero sonreía amistosamente.

Marchóse con Angus Barryth, mientras Champ O'Shea

, lastimosamente, se quejaba a su *manager* de que no le hubiera dejado «tundir hasta la reducción a polvo al maniquí pegador».

Angus Barryth se dirigió hacia el. «DeSoto Custom».

—Hemos fracasado, King. Usted evitó que él me matase, con lo que ha comprobado que yo no mentía... pero volverá a buscarme.

—Procuraremos evitarlo. Dejaré mi «Auburn» aquí. Iré con usted a su casa. Prefiero acompañarle hasta el momento del combate.

Don Taylor abrió la puerta y se mantuvo unos instantes gorra en mano, respetuosamente.

—¿Me permite el señor unas palabras? ¿Les ha sucedido algo?

—¿Por qué, Taylor? —preguntó Barryth a la vez que subía.

—Vi salir corriendo a un individuo que se guardaba algo en el bolsillo de su gabardina. Venía como si le persiguieran...

—No se preocupe, Taylor —intervino risueño Lord King—. No le ha pasado nada a su señor.

En el coche, Angus Barryth emitió su extrañeza.

—No puede ser Pancho ni Champ. Los vio usted.

—¡Oh! No, no... Vi desaparecer al de la funda plástica, y vi aparecer a Champ. ¿No puede tratarse del mismo?

—Champ es más corpulento, más ancho de espaldas, más voluminoso.

—No sé, no sé —dijo Lord King con una risita de sobreentendido.

En el fumador, Angus Barryth sirvióse con mano temblorosa una copa de *brandy*.

—¿Quiero servirme, King? Yo derramaría el líquido fuera del vaso. Daría... daría cincuenta mil dolares para que desapareciera la pesadilla en que vivo desde que apareció ese criminal...

—Yo perdí treinta mil dolares cuando el combate Kid Ray. Fue un rudo golpe para mí, tan rudo como dijo Champ que le resultó, mi puñetazo. Naturalmente, sin guantes...

—¡No sea frívolo, King! Usted ahora estará también en peligro.

—¡Toma! Pues es verdad —dijo Lord King risueño—. No había pensado en ello. Pero hablemos de negocios, Barryth. Decía usted antes que daría cincuenta mil dolares si le resolvían este misterio. Supongamos que yo un día u otro lo hiciera...

—Cuente con cincuenta mil dolares, King. Pero permítame, me temo que carece usted de dotes... en fin, de talentos deductivos. Apartándole de sus actividades artísticas, usted no puede resolver misterios.

—Veamos. Hubo un misterio en el fondo de una copa, y dígame que la flauta sonó por casualidad, pero sonó... —Llevóse King un índice a los labios recomendando silencio, mientras retrocedía sobre los tacones y sin ruido hacia un cortinaje—. No soy ningún talento, pero cincuenta mil dolares...

De pronto, la escena que se desarrolló sumió a Angus Barryth primero en temor, después en alegre excitación.

Por el lado abierto de la cortina asomaba el cañón de una automática provista de silenciador... A la vez. Lord King aplicó un seco bastonazo en la muñeca renegrida ya por anteriores bastonazos.

Le vio Barryth luchar con una sombra cuyo rostro era una mancha amarillenta de material plástico y aplaudió interiormente los viajes asiáticos de Lord King, que le habían permitido conocer los secretos del «jiu-jitsu».

Porque la llave con la que atenazando las muñecas de la máscara se las doblaba tras la espalda era una perfecta presa japonesa.

Hábilmente, Lord King liberó una mano para maniatar al misterioso «cerebro administrador» que quedó con el rostro contra el suelo, inmóvil y jadeando...

Lord King fue a servirse una copa de vino, mientras Angus Barryth, nerviosamente, a premiaba:

—¡Quítele la máscara, King! ¡Llamemos a la policía!

—¡Quieto, Barryth! Deje de momento tranquilo el teléfono. Ese individuo tiene una clavícula desconjuntada. No puede hacernos ningún daño.

—Pero... ¡quiero saber quién es!

Lord King detuvo al millonario que se lanzaba hacia el caído para quitarle la máscara. Le obligó suavemente a sentarse.

—No es preciso que nos molestemos, Barryth. Usted mismo empleó a ese fantasmón. Es su chófer: Don Taylor.

Angus Barryth, boquiabierto, empezó a comprender.

—Pero... ¿por qué, por qué? —preguntó estupefacto.

En el suelo, el hombre enmascarado se retorció hasta quedar boca arriba.

—Quítenme ese ridículo tapujo —habló roncamente—. Lo ruego.

Lord King se levantó y arrancó la funda de material plástico. El rostro sudoroso y crispado por el dolor de su hombro descoyuntado, quedó al descubierto.

Don Taylor miró con rencor, pero sin animosidad, a Lord King.

—Me engañó usted, *Diletante*. Al oírle emitir en el coche sus sospechas sobre Champ le juzgué un imbécil...

—Gracias. Yo también le juzgo un imbécil, Don Taylor. Su máscara y sus procedimientos son infantiles. Tarde o temprano un imbécil como yo o peor, le descubriría. ¿Qué se proponía usted?

—Cosas que no comprendería. Una granja... Evitar el tormento espiritual de ver a mi esposa sirviendo de criada... cuando Dafne no vale ni para descalzarla a ella, a mi Peggy...

—¿Resentimiento? Habla usted como hombre con algo en su alma, Taylor —comentó King—. ¿Quiere explicarnos todo o se reserva para la policía?

—Usted es hombre de mundo, King. Hágame un favor, ¿quiere? Yo escribiré cuanto desee con destino a la investigación... pero deje que me mate.

Angus Barryth abrió la boca de nuevo. La cerró para musitar:

—Ese hombre está loco...

—Para ti, quizás esté loco. Barryth —masculló desde el suelo Don Taylor. Y por sus rasgos atormentados pasó una mueca de pena—. Matar a tipos como tú no lo considero inmoral y no me hubiera

causado remordimiento porque no sabes vivir, no sabes lo qué es amar a una mujer con todas las fibras más sensibles...

—Perdón si interrumpo su patética y sentimental perorata —dijo Lord King fríamente—. Kid Ray sabe vivir, no es un rico ocioso como yo. Joan Telma, mi secretaria, adora la vida y es una muñeca inofensiva. Iba usted a matarlos.

—El engranaje me cogió. Tenía que matarlos como le hubiera matado, King, porque sospechaban ya que en el combate Champ-Ray hubo tongo. Pancho Jiménez colocó en los guantes del negro una sustancia endurecedora. Yo le oí hablar de sus sospechas, King. Y entonces nació mi proyecto. Si explotaba la estupidez del mejicano, podríamos hacer de Champ una fuente de millones. Y pensé en ser el enmascarado que moviera los hilos de una conjura, sin que el propio Champ lo supiera. Tan sólo Pancho Jiménez. Yo no pensaba matar... pero lo hubiera hecho porque sufría viendo a mi esposa Peggy sirviendo de criada...

—¿Por qué me hizo esta absurda petición de que le dejase suicidarse, Don?

—Ella... no sabe quién soy. Me cree un hombre honrado. Morirá si sabe que soy un criminal ladrón.

Con un violento esfuerzo, Don Taylor se puso de rodillas. Avanzó hacia Lord King, que molesto sin saber por qué, se puso en pie.

—¡Juro que me mataré, King! Deme una automática, o si cree en trampa aplíquela usted mismo en mi sien. Aunque me rompa yo mismo la clavícula que me queda sana, yo apretaré el gatillo...

—Sufre usted un complejo de gran excitación nerviosa, Don Taylor. No sea melodramático. No irá a la silla eléctrica. No ha matado a nadie.

—Ella... no podrá soportar el golpe de saberme un ladrón... Y tengo que morir, King. Usted es humano, usted es psicólogo. No es el imbécil que aparenta ser. Hay mucha inteligencia en sus ojos, ahora que me miran. Han achacado la muerte de James Terence, el chófer que me precedió, al «Audax» que más tarde robó las joyas de Dafne. Lo dicen hoy en un periódico: relacionan el hecho de que el primer ladrón que mató a James Terence y robó bisutería, vino después por las joyas valiosas, para desquitarse. No fue «Audax», por que quien mató a James Terence fui yo mismo.

Esta vez, Angus Barryth apuró dos copas seguidas antes de reponerse de la emoción.

Lord King crispó las mandíbulas aunque sonreía.

—Estúpida su declaración, Taylor. Nadie le hubiese acusado de esta muerte. ¿O es que defiende a su amigo «Audax»?

—No sé quién es, ni defendiendo a nadie. Sólo sé que si entro en una celda... Peggy morirá. Y quiero que usted me evite todo esto, King.

—No puedo. Sea como sea, la policía proclamará quién era el hombre enmascarado que intentó matar a Kid Ray y a mi secretaria y amenazó de muerte a Angus Barryth. Llame a la policía, Barryth.

Don Taylor hizo algo extrañísimo. Su boca se torció en mueca tan dolorosa que nada tenía que ver con sufrimiento físico, que Lord King cogió el brazo de Angus Barryth que se disponía a telefonear.

—Aguarde un momento, Barryth. Escuche, Taylor: ¿con el dinero que hubiese usted ganado, qué se disponía a hacer?

—Comprar una granja avícola. Decirle a mi mujer que me había ganado ese dinero en las carreras de caballos... Ella es buena, honesta, no sabe quién soy... Morirá si la policía revela mi felonía. Es sensible y era la mejor esposa a que un hombre podía aspirar...

Lord King sonrió mirando a Angus Barryth.

—Telefonee a Pancho Jiménez que venga aquí urgentemente.

Mientras cumplía Angus Barryth, extrañado, Lord King se agachó.

—Está usted loco, Taylor... pero aunque no le comprendo, deseo ayudarle. Pero James Terence vivía y tenía esposa...

—Debo pagar. Guardo en mi chaleco un sobrecito de cianuro potásico... Por favor, Lord King... ¡por favor!

Lord King hurgó entre las ropas del caído. Se enderezó poco después, yendo a sentarse junto a Angus Barryth.

—¿Qué le decía? —preguntó Barryth.

—Vaguedades. Tonterías. Aguardaremos a Pancho Jiménez.

Don Taylor masticaba lentamente el sobrecito que Lord King, disimuladamente, había introducido entre sus labios...

* * *

Cuando Pancho Jiménez entró apresuradamente en el saloncito

de Angus Barryth, se detuvo exclamando su doble espanto:

—¡Yo... no...! ¡Cuidado, señor Barryth!

Angus Barryth apuntaba, no muy firme, con una pistola al mejicano. Junto al millonario, echado en el suelo y amarrado, el enmascarado mostraba su rostro velado por la máscara plástica.

—Ha confesado ya, Pancho. Límitese a escribir su declaración de los métodos que empleó en el combate Ray y su pupilo. El resto será olvidado.

—No sé... de qué me habla.

La voz del enmascararlo silabeó:

—¡Ton-to! ¡Es-ta-mos per-di-dos!

—¡Fue él! —gritó el mejicano—. Yo no quería... Yo sólo coloqué un coloidal en los guantes de Champ...

Angus Barryth, obedeciendo siempre las instrucciones de Lord King, le señaló a Pancho Jiménez una mesita:

—Escriba una declaración completa de la trampa, Pancho. Después, haga lo que quiera. Huya o mátese. La policía ya le dará alcance.

—Pero... ¡Champ tiene que boxear esta noche!

—Y yo también lo quiero. No puedo arrostrar una pérdida ahora que el combate está ya montado. Telefonee a Champ; invente cualquier pretexto. Madre enferma, urgente llamada telegráfica. Lo que sea.

Pancho Jiménez escribió profusamente tras telefonarle a su pupilo que no podría estar en su esquina para el combate de la noche.

Dobló el escrito que entregó a Angus Barryth, y este entonces hizo una deslealtad. Señaló con la automática una pequeña puerta.

—Ahí dentro, Jiménez, hasta después del combate. ¡Venga! No tendré escrúpulos en disparar.

—¡Eso es jugar sucio! ¡Yo...!

—¡Dentro!



—El combate final será leal, Barryth...

Encerrado el mejicano, Angus Barryth secóse el sudor, y le dijo al enmascarado del suelo, que se levantaba:

—Me hace usted hacer cada cosa, King...

Quitóse King la funda plástica.

—Óigame, Barryth. ¿Cincuenta mil dolares apostados por Johnny Ryan cuánto podrán producirme?

Angus Barryth sonrió, desaparecida ya su zozobra.

—Ciento diez mil. Va favorito después del «K. O.» que le propinó a Kid. Es algo inmoral todo eso... Nosotros sabemos que el negro hizo una trampa...

—Pero esta noche el combate final será leal.

—No me refería sólo a eso. Me refería también a... Don Taylor.

—Descansa en paz. Su muerte por la de James Terence.

—Sí, pero la policía...

—Que siga buscando al hombre de la máscara plástica. Nosotros sólo necesitábamos saber que hubo trampa en el Ray-O'Shea

. Lo demás... no nos incumbe.

Firmó Angus Barryth un cheque por valor de cincuenta mil dolares. Lo tendió a Lord King.

—Lo prometido. Y, dígame, ¿cómo sabía que Don Taylor?...

—Cuando usted fue a visitar a Pancho seguí el «DeSoto». Vi a su chófer colocarse la gabardina sobre el uniforme, y bajar... fui tras él; le vi ponerse la máscara...

—¡Mil demonios! ¿Por qué no lo detuvo cuando nos abrió la portezuela como un respetuoso chófer?

—Porque había gente por allí... y yo quería saciar mi curiosidad a solas. Bien, a usted le toca anunciar a la doncella Peggy que su esposo ha sufrido un colapso repentino.

—¡Tanta delicadeza! ¡Al fin y al cabo es un criminal!

—Ella no. Y que sea su médico de cabecera, Barryth, el que atestigüe el colapso. Exíjale el secreto y la amistad. Cuéntele lo que quiera...

—Le diré que usted es un corazón sensible...

—Por favor, no me mezcle en esto. Soy un hombre egoísta que quiere vivir sin preocupaciones.

—¡Eso es! Y me las transmite a mí.

—Se las he quitado, Barryth. Le ha costado cincuenta mil, pero nadie amenaza ahora su vida. Y sonó la flauta por casualidad...

Lord King extrajo de debajo del diván el cadáver de Don Taylor. Lo colocó sobre los cojines y le quitó la gabardina.

Fue ante un chófer sin vida, que Peggy, sollozando mansamente, se arrodilló... Lo que no comprendió Angus Barryth fue por qué ella besaba como si fuera un relicario un pequeño guijarro de color negro que le colgaba del cuello en una cadenilla.

Y menos comprendió las palabras de la esposa de Don Taylor:

—Como un hombre honrado... como un hombre honrado...

* * *

En el «DeSoto Custom» conducido por Lord King, Angus Barryth mientras se dirigían al «Prize Chambers» comentó:

—Era un extraño tipo ese Don Taylor. Felizmente, nosotros no tenemos mentalidades tan complicadas.

—Demos gracias a lo que nos falta de materia gris. Bien, Angus, y permítame esa confianza de llamarle por su nombre, ¿cuánto apuesta por Johnny?

—Pensaba apostar cien mil... pero ahora sólo serán cincuenta. Es usted un magnífico deportista.

—¡Oh!, son sus dolares, Angus.

—No es eso, no es eso. Es torpe a veces en entender, Lord —reprochó amistosamente el millonario—. Me refiero a la forma como apresó a Don Taylor.

—Supersticiones japonesas —rió el *Diletante*—. Un consejo, Angus: no le cuentes nada a Dafne de todo eso. Perdona la confianza, pero eres más simpático de lo que antes me eras. Si le dices algo a Dafne, tarde o temprano, se enteraría la sensible romántica, que llorará una viudez decente allá en su campo natal.

—Me temo que en el fondo seas un romántico, *Diletante*.

—Quizás. Pero lo disimulo muy bien, ¿no? ¿Firmaste o no un cheque de cincuenta mil?

* * *

«*Baby*», después de colgar el teléfono, abrazó a su tía bailando con ella a la fuerza unos instantes.

—¡El patrón! ¡Nos invita al «Prize»! Dice que vaya yo sin miedo, porque ya no existe peligro. ¡Es delicioso! ¡Me gusta cada día...! —se interrumpió en seco mirando a su tía con recelo, pero ésta fingió no darse cuenta.

—Apresúrate, «*Baby*». Has de exhibir toda tu elegancia muda en traje de noche.

«*Baby*» saludó con majestuosidad a Angus Barryth y fue toda una dama de gran sociedad al preguntar:

—Y su distinguida hermana, ¿señor Barryth? ¿No asiste al espectáculo?

—Dice que ya le bastan con mis charlas deportivas. ¿Apuesta usted algo, *miss* «*Baby*»?

—¡Día...! No, no. Me quedé sin ahorros por culpa de ese... ese señor Champ

O'Shea

—Yo tuve la culpa, «*Baby*» —dijo King—. Y como desagravio, tú y «*Grumpy*» lleváis mil dolares cada una en las apuestas a favor de Ryan.

—No me extraña, que tenga tal secretaria y tal ama de llaves, Lord —dijo sonriendo Barryth—. Tu generosidad...

—... iguala a la tuya. ¿Vamos a dejar a las señoras solas y sondear el ánimo de Champ y Johnny?

«*Baby*», al irse los dos hombres, bisbiseó:

—¡*Guá!* Mil dolares cada una al dos duplica, raya y suma. Te has dado cuenta de que ambos están cariñosísimos. Gracioso, ¿eh?

—¿Por qué?

—Por lo de Dafne... Bueno, bueno, no he dicho nada. ¡*Avanti!*

—No grites. No apuestas nada. ¿Crees que hablar italiano es elegante?

—Es que el muchacho ese que reparte al por mayor, es un *macaroni*.

Y estoy desquitándome ahora. Luego... no podré gritar, y se me estarán ventilando dos mil dolares...

* * *

Champ

O'Shea

miró con poca simpatía a Lord King. Pero saludó obsequiosamente a Angus Barryth, que tomó la palabra:

—¿Bien en forma, Champ?

—Como nunca. Siento que no esté Pancho, señor Barryth. No me verá noquear al blanco Ryan.

Callóse Champ

O'Shea

su satisfacción y seguridad, por la promesa de Pancho de que al primer *round* la droga haría sus efectos en Ryan.

Johnny Ryan, tranquilo y confanzado, aceptó los palmoteos de Barryth.

—No hay temor, señores. El negro me lo meriendo en dos *rounds*. Tengo que darle a Kid Ray su revancha.

—Así me gusta —aprobó Lord King—. El deporte es crisol de lealtades. Y que gane el mejor. Por tanto, ganará usted, Johnny.

Un gran silencio acogió la llegada del locutor anunciando la gran final con ditirambos estrepitosos. La galería aplaudió, pataleó, rugió al aparecer Champ O'Shea

Johnny Ryan saludó a las filas del *ring*...

Sentóse y dejó vagar la mirada por las primeras filas. ¡Guapa de veras aquella rubia! ¿Eh? ¿Pues no le estaba guiñando?

Johnny Ryan hinchó el tórax. Ser campeón tenía sus ventajas. Ya estaba castigándose a la secretaria de Lord King. Se la birlaría a Kid Ray. Lo sentía, pero aquella rubia angelical de rostro y escultural, le gustaba.

Su segundo tuvo que advertirle que el enemigo estaba en la otra esquina y no en la primera fila de *ring*, vistiendo traje de noche.

Champ

O'Shea

ostentó su eterno semblante de bruto triste. Johnny Ryan tocó sus guantes y lanzóse al ataque, sin preliminar.

Champ

O'Shea

aguardaba la ocasión propicia de conectar en la mandíbula... y luego todo sería cuestión de oír contar...

Johnny Ryan esquivó varios directos, pero un potente *uppercut* le alcanzó limpiamente en la mandíbula. Retrocedió científicamente... y Champ

O'Shea

se engañó.

Avanzó despreocupadamente para rematar los efectos de la droga... y el rápido *swing-machete* de Johnny Ryan le alcanzó en plena sien.

El *gong* sonó a la cuenta de siete... Los rugidos del público de Harlem hablaban de su descontento. Champ

O'Shea

, trasladado a su rincón, era asistido por todos los medios...

«*Baby*» aplaudía solitaria, y el campeón se lo agradeció con una leve inclinación de cabeza.

—Se te calentarán las manos, «*Baby*» —sonrió King—. Aguarda al final. Pueden pasar aún muchas cosas.

—Ya tengo mil dolares casi seguros patrón. Le atizó..., le dio Ryan al señor

O'Shea

un magnífico sopa... golpe, ¿eh, señor Barryth?

—Emplee su léxico deportivo sin temor, miss «*Baby*». Donde reparten sopapos, sobran sus modales distinguidos.

—Gracias, ¡diablos! —se desahogó «*Baby*»—. ¡Duro, campeón! ¡El *chocolate* no ha hecho nunca daño ni a los niños!

Johnny Ryan salió al centro del *ring* en plano dominador, pero Champ

O'Shea

había adquirido prudencia. Fue un *round* de gran pelea. Los dos eran «fajadores» y combatían ferozmente, aunque con ciencia por parte de Ryan, y con prudente dosificación por parte de Champ

O'Shea

.

Fue en el tercer *round* cuando «*Baby*» se encaramó sobre el asiento.

El poderoso gancho que acababa de asestar Johnny Ryan había levantado la cabeza de Champ

O'Shea

como si fuera a volar hacia el techo.

Y el negro resaltaba como una estatua de ébano dormida sobre la lona. La cuenta de diez no se oyó... Las vociferaciones de desencanto del público de Harlem y los chilliditos de placer de «*Baby*» producían una sinfonía discordante...

* * *

—¡Muy bien! —decretó «*Baby*» a la mañana siguiente—. Oye, «Grumpy». Los muchachos de la prensa dicen que ha quedado descubierto el tongo del combate de Ray-Champú. El mejicano ha huido a sus guitarras y sus chapeos. Pero ha dejado una declaración escrita de todo... ¿Eh?... ¡Diablos! ¡Patrón, patrón!

Lord King salió de sus habitaciones dirigiéndose a la bandeja.

—¿Qué ocurre ahora, muñeca?... ¿Vas a tomar la costumbre de

despertarme como una verdulera?

—Tome su café con leche y que le siente estupendamente. Saludo en usted a un hombre galante.

—Gracias. ¿Qué más?

—Pues... nada de particular. Hay una notita en el periódico. Nada de importancia. Nada que tenga que importarnos. Nada que nos importe.

«Grumpy» quitó el periódico de manos de su sobrina ante el exceso de prudencia que ésta empleaba en evitación de ser tildada de indiscreta.

—Le leeré esta notita señor. Es puramente típica. Dice —y fingió ella leer por primera vez lo que había leído repetidamente, entornando de vez en cuando los ojos ensoñadora—: Hay unos titulares en redonda gruesa. Dicen:

«SENSACIONAL REAPARICION DE “AUDAX”

«Ayer noche, al regresar Miss Dafne Barryth del baile del “Carlton”, encontró en su alcoba las joyas que le habían sido robadas. Estaban acompañadas de un curioso dibujo hecho con utensilios de maquillaje repartidos en letras que decían: “AUDAX”.

»Gesto elegante e incomprensible. Pero son bromas que la policía debe evitar».

—Curioso —comentó King encendiendo un cigarrillo—. ¿Y qué noticias hay sobre el pleito Tydall-Max Plevel?

«Baby», en su función de secretaria y dominando su interna irritación, leyó, espaciando las sílabas, lo referente al juicio sobre los dos famosos anticuarios cuyos bienes estaban intervenidos y sujetos a próxima subasta.

—Tendré que ir a ver unas mayólicas especiales que me interesan. Vosotras dos tenéis la mañana libre. Porque supongo tendréis que ir de tiendas con vuestra certera elección al apostar cada una mil dolares por Johnny Ryan.

Kid Ray, cuando vio salir a «*Baby*» acompañada de una opulenta pero atractiva y lindísima mujer de unos treinta y cinco años, acercóse presuroso.

—Buenos días. ¡Oiga, diga! ¿Puedo...?

—Hola, Kid. Ciudadana «Grumpy»: aquí te presento al ciudadano Kid Ray. Es mi tía, atleta. ¿Es guapa, eh? Ése es el *boxman* tía. No es un telefonista, no.

—Tanto gusto, señor Ray. Les dejo. A las once te espero en los «Almacenes Rex», querida.

—Oiga, diga —comentó Kid cuando se hubo marchado «Grumpy»—. ¿Se ha enterado de la trampa? Todo aclarado y ya soy yo el que va a romperse las cejas con Johnny Ryan el mes que viene.

De pronto frunció el ceño. Johnny Ryan, oliendo escandalosamente a colonia, recién afeitado, y estrenando un traje flamante, quitóse el sombrero fieltro ante la pareja.

—Hombre, hombre, ¡qué casualidad! Pasaba yo por aquí y voy me digo: «Sería curioso que viera a...».

—Cierra el grifo de mentiras, campeón —gruñó Kid Ray—. Tú has venido a intentar birlarme...

—¡Hey! —exclamó «*Baby*» interponiéndose entre las dos masas de músculos tensos—. ¡*Match* nulo! ¡A sus rincones y óiganme!

Los dos hombres se separaron algo, pero sin dejar de mirarse ceñudamente. «*Baby*», con una de sus manos en cada pecho hercúleo, sonrió:

—¡«*Baby*» saluda a la afición! ¡A mi derecha, tal y tal! ¡A mi izquierda, éste y éste! Veamos —y adquirió su voz normal—, decidme, muchachotes. ¿Por qué no esperáis dentro de un mes entre cuatro cuerdas? ¿Por qué ibais a atizaros trompazos diformes?

Kid Ray sintióse galante.

—Oiga, diga, encanto. ¿Quiere llegarse al bar de aquella esquina? El ciudadano Ryan y yo, mientras, echaremos un parrafito particular.

—Mis lindas orejitas han de oírlo. ¿Qué quieres discursar, ciudadano Ray?

—Decirle a este ladrón de novias, que tú eres mi novia y...

—¡Oh, oh, muchacho! ¿Yo tu novia? No, no.

Johnny Ryan hinchó su perímetro en cinco centímetros.

—¿La oyes, Kid? Tenemos tú y yo las mismas probabilidades.

—Exacto —asintió «Baby»—. Ya dije antes *mach* nulo. Porque... ni tú, Kid, ni usted, campeón, ganarán en ese combate especial. He decidido meterme en un convento y... no quiero casarme. Me gustan los dos igual; quizás más Kid, porque baila como un gorila domesticado y saltarín. Pero, «quítate que estás de huevo».

—¿Eh? —dijeron a la par los dos boxeadores.

—¡Hay otro hombre! —masculló Kid Ray, desilusionado.

—Diste en la diana, ciudadano Ray. Hay otro hombre... Un hombre lejano, un hombre delicioso, un hombre encantador...

—¿Tu patrón? —Gruñó Kid Ray.

—¡Tonto! ¿Mi patrón? Bah. Yo hablaba de un hombre de mi alcurnia. Y está... lejos, muy lejos de mí, separado por mares. Algún día me verá... y cuando nos casemos yo lloraré tres días seguidos de felicidad. Adiós, muchachos. Seguíis siendo muy guapotes, y habrá chicas por ahí que de despistarán al veros.

Kid Ray fue el primero en reaccionar. Tomó por testigo a su anterior rival.

—Una coqueta... Eso es lo que era.

—Por eso quise advertirte...

—Y yo te la iba a dejar. En fin, ¿una copa por tu buena conducta anoche?

—A por ella. Y oye, el mes que viene, trata de pegarme... si puedes. Si he de dejar el campeonato, que sea en tus manos.

—Veremos a ver, ciudadano Ryan. Pero, un consejo. Dedícate a quitarles los estorbos a otros. Yo soy ya mayor de edad.

—Lo tendré en cuenta. No tenemos que pelearnos nunca, hombre, porque en el fondo te aprecio.

—Ídem de ídem que diría la muñeca esa coqueta —y Kid Ray suspiró con la nostalgia del chiquillo al que acaban de arrebatarle un pastel de crema.

* * *

«Baby» examinó al trasluz por entre sus dedos las medias de gasa.

—¿Le gustan, patrón? Son «Misterio».

—Aborrezco los misterios, aunque tus piernas son bellas y no necesitan de ese adorno.

«Exactamente el mismo tono con que si hablara de los dientes de un caballo» —pensó ella—. «Mares de indiferencia; lejanía de egoísmo».

—«Grumpy» ha comprado una combinación de seda gris que...

—Desearía que no importunaras al señor con el relato de interioridades que le molestan —dijo «Grumpy» chocada.

—¡Oh, diablos! ¿Vas a negar que llevas combinaciones de francesita de opereta? Yo llevo...

—Mañana me lo contarás, «Baby» —sonrió Lord King—. Tu sincera despreocupación es poco femenina. No debes olvidar que al fin y al cabo yo soy un varón.

«Baby» le miró tan prolongadamente que Lord King sintióse desazonado. Ella pestañeó y extendió rápidamente un estuche de varios compartimentos.

—Un «necesser» de viaje, patrón. «Grumpy» y yo se lo regalamos.

—No debisteis hacerlo. ¿Tanto deseáis que me vaya?

—¡Sin usted... nos aburriríamos mucho, patrón!

—Gracias. Y tú ¿qué dices, «Grumpy»?

—Bendigo el día en que en el señor encontramos un jefe tan amable, cortés y generoso. Gracias, señor.

—¡Diablos! ¡Acaba de hablar «Madame de la Pompadura»! Yo digo: «Me despepita ser la secretaria de mi patrón». ¿Toco la tecla buena, o no, patrón?

Asintió Lord King. Prefería la vulgaridad de «Baby».

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] Taberna-bar de acceso limitado a los conocidos. < <

[2] Referencia al ayudante de Sherlock Holmes. < <